



**UNIVERSIDADE FEDERAL DE SANTA CATARINA**  
**CENTRO DE COMUNICAÇÃO E EXPRESSÃO**  
**DEPARTAMENTO DE LÍNGUA E LITERATURA ESTRANGEIRA**

**KARIN BAIER**

**HOJAS PORTUGUESAS Y HOJAS BRASILEÑAS, TRUENOS QUE SUENAN**  
**ENTRE LAS LENGUAS: UN ANÁLISIS TRADUCTOLÓGICO**

**FLORIANÓPOLIS**

**2010**

**KARIN BAIER**

**HOJAS PORTUGUESAS Y HOJAS BRASILEÑAS, TRUENOS QUE SUENAN  
ENTRE LAS LENGUAS: UN ANÁLISIS TRADUCTOLÓGICO**

Trabajo de Conclusión de Curso presentado al  
Curso de Graduación en Letras – Lengua Española  
y Literaturas, de la Universidade Federal de Santa  
Catarina, para obtención del grado de *Bacharel* en  
Letras Español.

Orientadora: Prof<sup>ª</sup>. Dra. Alai Garcia Diniz

**FLORIANÓPOLIS**

**2010**

**KARIN BAIER**

**HOJAS PORTUGUESAS Y HOJAS BRASILEÑAS, TRUENOS QUE SUENAN  
ENTRE LAS LENGUAS: UN ANÁLISIS TRADUCTOLÓGICO**

Este Trabajo de Conclusión de Curso, requisito para obtención del título académico en Letras – Lengua Española y Literaturas de la Universidade Federal de Santa Catarina, fue juzgado adecuado y aprobado.

Florianópolis, 20 de diciembre de 2010.

Banca Examinadora

**Profª Dra. Alai Garcia Diniz**

Orientadora

Universidade Federal de Santa Catarina

**Prof. Dr. Walter Carlos Costa**

Membro avaliador

Universidade Federal de Santa Catarina

**FLORIANÓPOLIS**

**2010**

## **Agradecimientos**

A mis familias: de la sangre, del corazón y de las ideas....

Por el apoyo, de quienes siempre estuvieron allí para escuchar, acoger y consolarme cuando necesario. Por todas las cosas que pasamos y por todo que aún pasaremos juntos.... Por su paciencia durante los tiempos difíciles.

En especial a mi orientadora Alai... Por la enseñanza y el fomento, por creer en mi capacidad y mostrarme los caminos hacia mis objetivos.

## Resumen

Este estudio es un análisis dinámico del ejercicio de la traducción. Para eso, el cuento *El trueno entre las hojas* (1953) de Augusto Roa Bastos, fue elegido como partida para una traducción del español al portugués en la variante brasileña, en que es posible observar los aspectos del proceso traductológico, discutido en un análisis comparativo, con contribuciones de algunos de los fundamentos teóricos de la traducción. Este cuento, además de los debates entre las expresiones del portugués y del español, presenta el contacto con la lengua guaraní, que requiere un trabajo paralelo. La existencia de una traducción lusitana del cuento, titulada *O trovão entre as folhas* (1980), presenta aún a este trabajo otro análisis, que se refiere a las diferencias lingüísticas entre el uso del portugués en Brasil y Portugal.

Este trabajo, entonces, busca verificar algunas de las posibles dificultades que suelen surgir en las traducciones de cuentos del idioma español para el idioma portugués en sus variantes portuguesa y brasileña. El cuento *El trueno entre las hojas*, del escritor paraguayo Augusto Roa Bastos, servirá como referencial de análisis en comparación con sus traducciones a las dos variantes del portugués, para identificar cuáles son los problemas gramaticales (léxicos, semánticos, sintácticos) que un lusohablante encontraría y qué un brasileño encontraría para realizar esta traducción.

**Palabras claves:** Traducción, cuento, español, portugués

**RESUMO:** Este estudo é uma análise dinâmica do exercício da tradução. Para isso, o conto *El trueno entre las hojas* (1953) de Augusto Roa Bastos, foi escolhido como partida para uma tradução do espanhol ao português na variante brasileira, em que é possível observar os aspectos do processo tradutório, discutido em uma análise comparativa, com contribuições de alguns dos fundamentos teóricos da tradução. Este conto, além dos debates entre as expressões do português e do espanhol, apresenta um contato com a língua guarani, que requer um trabalho paralelo. A existência de uma tradução lusitana do conto, intitulado *O trovão entre as folhas* (1980), apresenta a este trabalho mais uma análise, que se refere às diferenças lingüísticas entre o uso do português no Brasil e em Portugal.

Este trabalho busca então verificar algumas das possíveis dificuldades que podem surgir nas traduções de contos do idioma espanhol para o idioma português em suas variantes, portuguesa e brasileira. O conto *El Trueno Entre Las Hojas*, do escritor paraguaio Augusto Roa Bastos, servirá como referencia da análise comparativa das suas traduções às duas variantes do português, para identificar quais são os problemas gramaticais (léxicos, semânticos, sintáticos) que um luso-falante português ou brasileiro encontraria para realizar esta tradução.

**Palavras chaves:** Tradução, conto, espanhol, português

## SUMARIO

1. INTRODUCCIÓN.....	8
2. OBJETIVOS .....	10
3. LÍNEA DE INVESTIGACIÓN.....	11
4. DISCUSIÓN Y RESULTADOS.....	13
4.1 TRUENOS QUE SUENAN ENTRE LAS LENGUAS .....	13
4.2 ANÁLISIS TRADUCTOLÓGICO.....	18
4.3. TRADUCCIÓN DEL CUENTO <i>EL TRUENO ENTRE LAS HOJAS</i> .....	22
4.3.1 GLOSSÁRIO GUARANI.....	59
5. CONSIDERACIONES FINALES.....	65
6. REFERENCIALES BIBLIOGRÁFICOS.....	67
7. ANEXOS .....	70
7.1 EL TRUENO ENTRE LAS HOJAS .....	71

## 1. INTRODUCCIÓN

Augusto Roa Bastos, doctor honoris causa por diversas universidades hispanoamericanas, europeas y norte-americanas, tiene su obra traducida para 25 idiomas. Considerado uno de los maestros literarios del siglo XX, recibió el 1989 el Premio Cervantes, el más importante concedido a escritores de expresión hispánica. Delante de estos datos nos deparamos con un hecho que suena raro y sorprende frente a la grandeza de este autor: la única traducción de sus cuentos en lengua portuguesa es el libro *O Trovão Entre as Folhas*, de Campos Alberto editada en 1980 por la editorial Edições 70 en Portugal, obra que hace parte de una antología titulada “Vozes da América Latina”.

La traducción de cuentos del autor paraguayo, junto a aspectos culturales y consideraciones acerca del proceso de traducción, se justifican entonces en la oportunidad de acceso al texto de Roa Bastos, legitimado por la carencia de una traducción al portugués brasileño de este cuento, trabajo que todavía es inédito en Brasil. Además, aunque se trate de la lengua portuguesa, el uso de las palabras en lo cotidiano de los países acaba por, de cierta forma, generar una diferenciación que llamamos de variación lingüística. Entonces, lo que propongo en este trabajo, además de hacer la traducción del cuento, es verificar estas distinciones que pueden surgir en las dos traducciones y, a partir de estas diferencias, entresacando esos puntos conflictivos de los dos textos que servirán como objeto para el análisis, identificar cuáles son los principales problemas que se presentan al traductor y al lector.



La traducción del cuento *El trueno entre las hojas* (1953) de Augusto Roa Bastos, acompañada de una lectura crítica y la verificación del proceso de traducción de esta investigación proporciona una oportunidad para acceder al texto de Roa Bastos en Brasil. Esta traducción trae la visión imaginaria de la cultura y la historia presentada por el paraguayo en sus obras. La democratización del acceso a la obra de Roa Bastos puede así abrir los horizontes para la ficción tan lejana y tan cercana de la frontera, que representaba una preocupación del propio Roa Bastos acerca de una integración de América Latina, como el autor ha demostrado en carta destinada al III Encuentro de Hispanistas en la Universidad Federal de Santa Catarina el año 2005.

## 2. OBJETIVOS

Traducción del cuento *El trueno entre las hojas* (1953), de Augusto Roa Bastos, al portugués en la variante brasileña y comparación entre la traducción portuguesa *O Trovão entre as folhas* (1980) de Alberto Campos, que consta de la antología de cuentos del autor papagayo Augusto Roa Bastos en libro de mismo título. Se hará una verificación e identificación de las diferencias de léxico, semántica y sintaxis. Estos ejemplos de diferencias entresacados de los textos servirán como los objetos del análisis, sumados a aspectos de la teoría de la traducción.

### 3. LÍNEA DE INVESTIGACIÓN

La investigación se hizo utilizándose los cuentos *El Trueno Entre Las Hojas* (Augusto Roa Bastos, Ed: Losada, 2005, Buenos Aires - AR), *O Trovão Entre as Folhas* (Portugal, Edições 70, traducción de Campos Alberto) y una traducción al portugués brasileño, desarrollada en esta investigación y que todavía no ha recibido tratamiento analítico.

Dentro de este trabajo se analizaron los aspectos culturales que influyeron en el uso de la lengua portuguesa en Portugal y Brasil y cuáles de estos aspectos sobresalen en las traducciones brasileña y portuguesa.

Además, se utilizó para el análisis en el campo de la traducción, algunos referenciales teóricos que presentan puntos esenciales de esta área, como por ejemplo, entre tantos otros, ARROJO que discute la cuestión de la fidelidad.

El trabajo de traducción se hizo también con el fin de investigar y apreciar la obra del autor, junto a estudios acerca de los conceptos de cultura, multiculturalismo y la oralidad como se describe en el cuento *El Trueno Entre Las Hojas* (1953). Los estudios de algunos presupuestos teóricos de lectura empezaron el proceso de traducción.

Para desarrollar este estudio fue de gran importancia el uso de diccionarios monolingües y bilingües en español y portugués, español-guaraní, además de los sitios de búsqueda especializados que proporcionan una visión general de uso nacional y mundial de expresiones en ambos idiomas y en los países de mismo idioma, como

Brasil y Portugal. La lectura de la traducción al portugués *O trovão entre as folhas* (1980) dirigió el análisis de comparación entre el original y la traducción hecha para esta investigación.

## **4. DISCUSIÓN Y RESULTADOS**

### **4.1 Truenos que suenan entre las lenguas**

En texto titulado *Brasil, la tierra incógnita de la modernidad*, carta destinada al III Encuentro de Hispanistas en la Universidad Federal de Santa Catarina el año 2005, Roa Bastos explica su preocupación por la traducción al hablar sobre “la integración y el crecimiento a través de los valores humanos fundamentales que propicia la cultura y el entretenimiento entre los pueblos.” (ROA BASTOS, 2005). Al revisar con Alejandro Maciel una biblioteca en la que los autores estaban trabajando, se comprobó “con cierta decepción” que no había traducciones de obras de escritores brasileños a la lengua española o que las existentes ya estaban agotadas hace tiempo.

De acuerdo con Roa Bastos estas traducciones serían “los puentes que necesitan los pueblos para transitar el espíritu comunitario y afrentarse de verdad, más allá del mercadeo y las postales de turismo, en el alma colectiva.” (ROA BASTOS, 2005). La crítica del autor en esta frase es dirigida a la gran importancia que se ha dado al turismo y al comercio, como un simple intercambio de intereses económicos. Es una preocupación que muestra los múltiples caminos que condujeron a las personas dentro de sus grupos en sociedad a través del tiempo y su perspectiva de futuro. Para Roa Bastos, es a través de la literatura que el verdadero enfoque de la cultura se hace posible por traer junto a sí el retrato de un país, su sociedad, su gente y el acto de la traducción

crea una apertura para una difusión de lo que hasta ese momento permanecían cerradas en su condición de única referencia.

El contexto social marcado por la asimetría cultural e interculturalidad en un sistema casi de esclavitud que persiste hasta hoy en muchos de nuestros países, es el elemento presente en la historia de *El trueno entre las hojas* (1953) demostrado a través de un sistema jerárquico de desigualdad y corrupción. Al ser traducido, este cuento se convierte en puente entre los dos idiomas, los dos países. Son horizontes para las realidades o ficciones culturales, porque tienen su origen en la oralidad.

Augusto Roa Bastos, al comienzo de su carrera como narrador, ha hecho uso de su habilidad como escritor tal vez porque sea esa la forma más cercana a la historia mítica de las sociedades orales primitivas. En la investigación y lectura de las obras del autor se percibe una serie de historias unidas por ciertos personajes que se repiten en los cuentos. Por lo tanto, se puede hablar de la existencia de una duplicación de estos personajes, no en cuanto a sus identidades, como del dictador en *Yo el Supremo* (1974), obra maestra de Roa Bastos, pero en cuanto sus apariciones en diferentes relatos. Macario Francia, personaje central de *Hijo de Hombre* (1960), por ejemplo, es el hijo de Pilar, que aparece en *Yo el Supremo* (1974) como el mulato que sirve al dictador, que a su vez, aparece antes nombrado como Karai Guasu en *Hijo de Hombre* (1960). Esta duplicación de algunos personajes que se mueven entre diferentes historias, al final acaba caracterizando una confluencia de la cultura paraguaya. Se percibe un efecto cíclico que vincula sus historias y, así como en la realidad, las historias no son independientes y los individuos no están aislados. El libro *El Trueno entre las Hojas*, que reúne una serie de cuentos, abre la serie con *Carpincheros* y cierra con *El Trueno entre Las Hojas*. Al poner fin a la serie con el cuento que da nombre a la antología, Roa

Bastos evidencia esa ciclicidad, pero es con la reaparición de personajes de la primera historia, como Margaret, quien también es Yasy-Möröti y los propios carpincheros, que el autor magistralmente entreteje las historias.

En el texto de Roa Bastos, imbuido de pasajes históricos, reales e imaginarios, preséntase la cultura y la identidad paraguaya, enseñada por personajes también reales o imaginarios. Realidad que al traducirse en el texto deja de ser la realidad y se vuelve ficción, aunque existen conexiones concientes desde el sujeto de la enunciación, el narrador que pone el mundo en el texto, el texto que habla del mundo y que vuelve al mundo con posibilidades de reinterpretaciones y posibles aplicaciones.

Otro punto de referencia en la narrativa roabastiana es la cuestión de la memoria de la guerra en que, con frecuencia, la guerra del Chaco y de la Guerra grande son escenario de los relatos. Si bien no aparecen las guerras, la lucha y la revolución son constantes en las obras. En el cuento aquí discutido y traducido, Solano Rojas es el "cabecilla" de la huelga que generó una revolución y culminó en la expulsión de los poderosos y en el recomienzo a través del trabajo de los antes oprimidos. Sin embargo, en la historia de Roa Bastos así como en la realidad, el poder vuelve a las manos de los ricos a través del poder. De forma cíclica, Roa Bastos trae la historia de nuevo a su inicio, vuelve a su punto de partida.

La traducción de un cuento de Roa Bastos al portugués trae consigo una oportunidad de lanzar a la luz de ojos no nativos esta cultura tan cercana y al mismo tiempo tan desconocida. También torna posible el estudio desde el punto de vista de algunos aspectos de la traducción literaria, como la cuestión de la fidelidad, del dominio de las dos lenguas implicadas en el proceso, o sea, la tarea de la traducción en sí.

La traducción de un texto literario sólo puede ser abordada a través de una lectura o interpretación, porque el contacto con el texto está mediado por las circunstancias, las opiniones, el contexto histórico y social. Así, entendemos que el "texto não é um receptáculo de conteúdos estáveis e mantidos sob controle, que podem ser repetidos na íntegra." (Arrojo, Rosemary – 1986). Es decir, la traducción de un texto no será fiel al texto "original" sino a lo que consideramos que sea el texto original, o sea, nuestra interpretación, un producto de lo que somos, sentimos, pensamos.

Lo que también podemos lograr en nuestra lectura o traducción es expresar nuestro punto de vista sobre el autor y sus intenciones. Esto hace imposible que una traducción sea definitiva y unánimemente aceptada por todos, en cualquier momento y lugar, para comprobar eso, están ahí los libros de historia con un abundante registro de cambios experimentados por las culturas y sociedades. Existe todavía la compleja tarea del dominar las dos lenguas relacionadas en la traducción, original y meta, porque aprender a traducir necesariamente significa aprender a leer. Cuanto mejor informado sea el lector, mejor conozca su comunidad cultural, cuanto más conocimiento acerca de la obra del autor, mejor y más exitosa será la lectura/traducción. Esto es de gran importancia pues la traducción se hará a un público que no tiene acceso a este "original" y servirá como texto de origen para la construcción de otras lecturas.

Frente a un texto a traducir, entonces, hay estos puntos que deben ser observados por el traductor para que su trabajo no se caracterice por una "mala traducción". De acuerdo con Benjamin, "toda tradução é apenas alguma forma provisória de lidar com a estranheza das línguas", es decir, si ésta quiere comunicar algo no puede comunicar nada que no sea necesario, ya que puede haber transmisión inexacta de contenido: "se o original não existe em função do leitor, como poderíamos



compreender a tradução a partir de uma relação dessa espécie” (BENJAMIM, 1994, Pág. 191)

Las traducciones tienden a expresar la relación más íntima entre las lenguas, puesto que estas no son extrañas una a la otra, estando de acuerdo en aquello que quieren decir. Pero con el tiempo hay una maduración de las palabras, que en el momento de la escritura y para el autor pudo haber seguido una tendencia de lenguaje y que ahora se puede haber agotado, es decir, lo que era antes del uso rutinario puede sonar arcaico ahora. Nietzsche, en el texto *Sobre o problema da tradução*, señaló que lo peor para traducirse de un idioma a otro es el tiempo de su estilo. De la misma forma que el tono y el sentido de las grandes obras poéticas se han transformado durante los siglos, también la lengua materna del autor y del traductor se transforma. Una solución inmediata y definitiva para este caso es todavía desconocida y vuelve imposible el alcance de la profundidad del “original” en la íntegra.

Aunque no haya una fórmula para una buena traducción deben ser llevados en cuenta algunos conceptos. Muchos teóricos afirman ser la buena traducción aquella que es transparente, que no saca la luz del original. En el texto *Oficina de Tradução* encontramos que “o erro fundamental de quem traduz é apegar-se ao estado fortuito da própria língua enquanto deveria deixar abalar-se violentamente pela língua estrangeira.” (ARROJO, 1986, Pág.48). La fidelidad a la palabra está ligada a los viejos y tradicionales conceptos sobre traducción, y no parece servir más a una teoría que busca en la traducción algo más que la simple reproducción de sentido, pues la fidelidad en la traducción de palabras aisladas no es capaz de reproducir el sentido que ellas poseen en el original.

El estudio relativo a la literatura y la traducción como fuente de conceptos divergentes, resultaron en el cuento *Trovão entre as folhas*, que junto al análisis de la traducción lusitana *O Trovão entre as folhas* (1980) norteó el estudio también a las comparaciones lingüísticas entre el uso del portugués en Brasil y en Portugal, pero, la práctica del proceso de traducción del cuento *El Trueno Entre las Hojas* (1953) a la lengua portuguesa fue el guión principal del trabajo

#### **4.2 Análisis traductológico**

El análisis de una traducción por lo general va en dos direcciones: la lengua de origen, en este caso el idioma español, y la lengua a la cual se traduce, en este caso el portugués. Este análisis, trata de una lengua, el portugués, que entre otras varias presenta en este trabajo dos de sus variantes: portugués de Portugal y portugués de Brasil. Aunque teóricamente iguales en su gramática, las lenguas se convierten bastante distintas en su uso, dando lugar a diferencias de interpretación que engendrarían confusión en los lectores de ambos países. Hay incluso todavía en esta traducción un breve contacto con la lengua guaraní, pero que cuenta con el apoyo de un glosario presente en la edición del cuento en español.

Para el proceso de traducción, se hizo necesario tener en cuenta, por lo tanto, algunas estrategias referentes al estilo del lenguaje, las palabras en el idioma guaraní, en inglés o las propias del español, además de la opción de cada palabra entendida como la más apropiada para cada frase en el contexto global del cuento. Entre estas estrategias se aceptó como la mejor opción, para esta traducción al portugués brasileño, mantener las palabras guaraníes en el texto y adoptar un vocabulario al final, como hizo el autor.

Las palabras en inglés y propias del español, sin un correspondiente exacto que completaría satisfactoriamente el sentido en portugués, se mantuvieron y constan de notas explicativas. La opción por las notas del traductor se justifican por el hecho de que cuando aparece una palabra conflictiva con el entendimiento del lector en el texto, la lectura linear es interrumpida; por lo tanto, las notas no vendrán a interferir en la lectura linear, sólo van a aclarar las dudas del lector.

La opción del traductor, para cada palabra, frase o expresión de un texto debe partir del entendimiento de que la libertad y la literariedad deben andar juntas en una buena traducción. La cuestión de la polisemia y la ambigüedad semántica tan presentes en la lengua portuguesa, por ejemplo, puede causar confusión cuando se utiliza de forma incorrecta, o si llevada a cabo en la hora de interpretar un texto, parte esencial de la traducción. Como ejemplo práctico de estas opciones, yo usaré la palabra “pasero” en español que en portugués se refiere a la persona que realiza el cruce de una balsa en un río y que en *El trueno entre las hojas* es una de las palabras más importantes del texto. En la frase que explica quien es el personaje principal del cuento “– *Solano Rojas, el pasero ciego.*” (ROA BASTOS, 2005, Pág. 203) la palabra tiene este mismo sentido explicado anteriormente. Si le buscamos a esta palabra a través de diccionarios monolingües y bilingües, encontraremos palabras como “balseiro” y “jangadeiro” en portugués. Ambas están correctas y tienen el mismo sentido de “pasero” en español. La elección de la palabra más adecuada para el texto es lo que quedará a criterio del traductor. Este es el proceso a que Arrojo se refiere en su texto *A Teoria na Prática* (1986) al decir que la traducción implica un constante proceso de decisiones y que hay gran importancia en la utilización de herramientas y mecanismos que apoyen esta actividad.

Durante el proceso de traducción y la posterior comparación con la traducción lusitana, hubo varios casos en que esta teoría se aplica. Primero con la elección de la palabra dentro de las posibilidades que la lengua portuguesa en su vocabulario y sintaxis de Brasil presentaba y más tarde con la traducción portuguesa en la mano para el estudio comparativo. La misma palabra “pasero” utilizada como primer ejemplo, retrata este caso, porque la traducción portuguesa adopta a la palabra "jangadeiro", y la traducción brasileña se opta por traducir como "balseiro". Esta opción de traducción en portugués brasileño se dio porque en un contexto global de la historia del cuento, una balsa es el objeto figurativo de los márgenes, uno en el que está Solano Rojas un viejo ciego y el otro que está Solano Rojas joven y en la lucha contra las injusticias de la codicia de los dueños de la fábrica de azúcar. A partir de esto, la opción de la palabra "balseiro" se dio por parecer más cargada de significados. También mediante la adopción de la palabra "balsa" para representar el objeto, como está en las dos traducciones, el uso de la palabra "jangadeiro" para representar la persona, como eligió Alberto Campos en la traducción lusitana, parecía fuera de lugar, ya que “balseiro” y “balsa” están más próximas que “jangadeiro” y “balsa”. Campos podría haber elegido “jangadeiro” y “jangada”, por ejemplo.

Otros puntos que entran en conflicto en algunos pasajes de las dos traducciones, brasileña y portuguesa, están en la sintaxis que cada uno acepta y adopta en el uso de la lengua. Un claro ejemplo está en la frase “*Arrojaron su cadáver al río*” (ROA BASTOS, Pág.222, 2005), que en la traducción lusitana aparece como “*Atiraram **com o cadáver** ao rio.*” (ROA BASTOS, 1980, Pág. 220). Para un brasileño la construcción de esta frase sonaría rara y equivocada, porque la colocación de la preposición "com" cambia la función del verbo “atirar” y de la palabra “cadáver”, porque en Brasil “atirar algo”, “atirar em algo” y “atirar com algo” son tres construcciones semejantes pero con

significados totalmente distintos. Para la traducción brasileña elegí entonces “Atiraram seu cadáver no rio”, sintácticamente más adecuada al uso del portugués en Brasil y que, además, sigue la sintaxis utilizada por el autor en español.

Además de las cuestiones de léxico y sintaxis, otros puntos, como el estilo de lenguaje adoptado para el habla de los trabajadores, del extranjero Harry Way y del narrador del cuento, divergen en las dos traducciones. Según Dolet, en *La manière de bien traduire d'une langue en autre* (1950), la libertad dará la armonía al discurso, “um enlace e união das palavras com tal suavidade que não somente a alma satisfaça, mas também os ouvidos se encantem e não cansem jamais de uma tal harmonia de linguagem”, pero hay que tener cuidado también para no perder el sentido, los matices y los juegos de palabras hechos por el autor.

En la traducción lusitana se optó por la nivelación del habla de los distintos personajes en un lenguaje culto, dentro de la norma que rige el idioma portugués. En la traducción brasileña decidí adaptar y mantener los rasgos adoptados por Roa Bastos para marcar las diferencias en las clases sociales y en el acento extranjero del personaje Harry Way. Para tanto he tenido que identificar algunos cambios lingüísticos propios de personas de los estratos más bajos de la sociedad, lo que he intentado pasar en el habla de los trabajadores de la fábrica de azúcar, en el lenguaje de estos personajes. Ya en el habla de Harry Way, que aparece en el original con un acento americano bastante fuerte y bien marcado por Roa Bastos que sustituye la "R" por la "G" y el pronombre "yo" por "mí", escogí traer la letra "R" por una "r" que simboliza fonológicamente la pronunciación de la letra "R" en Inglés, además se mantienen los pronombres como el original, es decir, sustituyendo "eu" por "mim": “Mi ha comprado este fábrica y he venido paga havelo trabacá.” (ROA BASTOS, 2005, Pág. 219)

Por fim, como resultado de este trabalho y como representación práctica de las teorías presentadas en este estudio, sigue la traducción al portugués en la variante brasileña del cuento *El Trueno Entre las Hojas* de Augusto Roa Bastos:

### 4.3. Traducción del cuento *El trueno entre las hojas*

#### TROVÃO ENTRE FOLHAS

O engenho se encontrava fechado para limpeza e reparações depois da safra. Um bafo de forno enchia a pesada e elétrica noite de dezembro. Tudo estava quieto e parado junto ao rio. Não se ouviam as águas nem as folhagens. A ameaça de mau tempo tornou a atmosfera tensa como o oco negro de um sino no qual o silêncio parecia fritar-se com sussurros afogados e secretas fendas.

Nisso surgiu das barrancas a música do acordeão. Era uma melodia ubíqua, esfiapada. Interrompia-se e começava em um lugar diferente, ao longo da caixa acústica do rio. Ela soava nostálgica e fantasmal.

- O que é isso? – perguntou um forasteiro.

- O acordeão do Solano – informou um velho.

- Solano Rojas, o balseiro cego.

- Mas, não dizem que morreu?

- Ele sim. Mas quem toca agora é sua alma.

- *Aicheyarangá*, Solano! – murmurou uma velha benzendo-se.

O bloco da fábrica flutuava imóvel na escuridão. Um cachorro latiu ao longe, como se latisse debaixo da terra. Duas ou três crianças desnudas se reviraram no colo de suas mães, junto ao fogo. Um deles debilmente começou a choramingar assustado.

- Quietos menino! Escute o Solano. Tá sozinho lá no *Paso*.

O contraponto de um *guaymingüe*, que rompeu com seu toque a quietude do monte, tornou ainda mais fantasmal a melodia. O acordeão soava agora como um lamento distante e enlutado.

- Soa assim quando não tem lua – disse o velho acendendo seu cigarro em um tição no qual se queimava um pouco de noite.

- Ele deve tá procurando ela ainda.

- Pobre Solano!

Quando o murmúrio das vozes se apagou, pôde-se notar que o acordeão fantasma já não soava mais na garganta do rio. Somente o sino florestal continuou tocando por um instante, a uma distância imprecisa. Depois o pássaro calou também. Os últimos ecos resvalaram sobre o rio. E o silêncio voltou a ficar tenso, pesado, obscuro.

Os primeiros relâmpagos se acendiam rumo ao poente, por trás da selva. Eram como fugazes pálpebras de pele amarela que subiam e desciam subitamente sobre o imenso olho da treva.

O acordeão não voltou a soar essa noite no *Paso*.

Nessa curva do *Tebikuary* Solano Rojas, o cabeça da greve, viveu seus últimos anos depois de voltar cego da prisão.

Provavelmente foi ele mesmo que, ao regressar, deu o nome com o que se conhece agora o lugar: *Paso Yasy-Möröti*. As barrancas calcárias e o banco de areia sobre a água verde, efetivamente formam ali uma meia-lua cor de osso que resplandece espectralmente nas noites de seca.

Mas, talvez o nome de *Paso* tenha surgido mais pela obstinada imagem ligada à memória do balseiro que pela sua forma.

Vivia na floresta da barranca que arremata no areal. Ainda se podem ver os restos de seu rancho devorado pelo monte naquela pequena enseada. É um remanso quieto e profundo. Ali guardava sua balsa.

Não era difícil adivinhar porque havia escolhido aquele lugar. Em frente, na barranca oposta, estavam as ruínas carbonizadas da Ogaguasú na qual tinha terminado o funesto domínio de Harry Way, o fabricante *yanqui* que continuou e aperfeiçoou o regime de espoliação opressiva fundado por Simon Bonaví, o comerciante judeu-espanhol de Assunção.

É óbvio que Solano Rojas não podia mais ver as ruínas, nem o novo engenho erguido no mesmo lugar do anterior. Mas, com certeza, ele se contentava com essa intimidade, sentindo-os na pele morta dos seus olhos, para recordar todos os dias sua presença acusadora e aprazível.

Solano se pôs ali e deu a essa vigilância uma forma serviçal: seu trabalho de balseiro, que era quase gratuito e filantrópico, pois nunca aceitou que lhe pagassem em dinheiro. Recebia somente um pouco de tabaco ou de suprimento que seus passageiros ocasionais queriam lhe oferecer. Ele atravessava, de graça, ida e volta as mulheres e crianças que vinham de remotas paragens do Guairá. Durante o trajeto ele se dirigia especialmente às crianças.

- Não esqueçam *ená, che ra'y-kuera*, que sempre temo que ajudá uns aos otro, que sempre temo que tá unido. O único irmão de verdade que um pobre tem é o otro pobre. E tudo nós junto damo a mão, o punho humilde mais forte dos trabaiaidô...

Ele não era um elemento subversivo tosco. Era um autêntico e flagrante revolucionário, como verdadeiro homem do povo. Por isso, o acorrentaram para sempre na noite da cegueira. Solano falava dela sem amargura, sem rancor, mas com uma profunda convicção. Sem dúvida tinha consciência de uma obscura e vital missão



docente. Sua cátedra era a balsa, sobre o rio; umas toscas tábuas boiando numa água incessante como a vida. Quando ele falava havia algo de religioso, mas ao mesmo tempo de pura e simples humanidade em Solano Rojas. Seu rosto moreno e anguloso tornava-se vivo por baixo da máscara que lhe tinham deixado; enchia-se de uma secreta exaltação. Seus olhos cegos pareciam ver: a funda cicatriz da machadada na testa também parecia olhar como outro olho enrugado e seco. Os esfarrapados *mita'í* contemplavam-no com uma espécie de fascinada veneração enquanto ele remava. Não tinha mais de 40 anos, mas parecia um velho. Só vestia uma calça rasgada de *a'ópoi* arregaçada até o joelho. O dorso magro e desnudo estava vestido com as cicatrizes que primeiro o chicote dos capangas e o iatagã<sup>1</sup> dos carcereiros depois, haviam rabiscado em sua pele. Nessa cartilha obscura, as crianças analfabetas liam a lição que Solano calava. E um nó de medo corajoso, de emocionada camaradagem, engasgava-lhes de saliva ao saltar da balsa gritando:

- Inté a vorta Solano!

- Adeus *mante che ra 'y-kuera!*

Ele permanecia um pouco na beira, pensativo. O galpão avermelhado do engenho desmoronava silenciosamente sobre ele vindo do passado. Sentia-o pesar sobre seus ombros. Solano desatracava com lentidão e voltava a seu remanso a favor da correnteza, sem remar, sem se mover. Só a roldaninha de pau ia chiando no arame.

Depois do por-do-sol tirava seu remendado acordeão e sentava-se para tocar no seu *apyká* baixinho, encostado numa árvore. Quase sempre começava com o “Acampamento *Cerro-León*” estendendo seus olhares de cego para os escombros da Ogaguasú no declive calcário, destruído pelo fogo vingador há quinze anos e agora habitado só pelos lagartos e as cobras. De Simon Bonaví, de Eulogio Penayo, de Harry Way só restava isso.

---

<sup>1</sup> Espécie de um facão. (N. do T.)

Era seu jeito de recordar-lhe que ele ainda estava ali, apenas metade vencido.

Sua presença surgia na sombra bordada de avolumadas cicatrizes, riscada por reverberações oscilantes, como se a água se divertisse brincando, colocando e tirando uma roupa de presidiário trêmula e transparente.

As ruínas também o olhavam com olhos cegos. Olhavam-se sem se ver, o rio intermediando todas as coisas que haviam passado, o tempo, o sangue que havia corrido, entre eles dois: tudo isso e algo mais que só ele sabia. As ruínas estavam silenciosas entre as samambaias e as urtigas. Ele tinha sua música. Suas mãos se moviam com ímpeto abrindo e fechando o fole. Mas no resmungo melodioso, flutuava seu segredo como os *camalotes*<sup>2</sup> e as raízes negras no rio.

Um último reflexo verde lhe banhava o rosto virado para cima na lembrança instintiva da luz, depois escurecia, porque o agachava sobre o instrumento, como quem esconde o rosto entre as mãos.

Pouco a pouco a música ficava triste e parecia enlutada. Uma canção de acampamento junto ao fogo apagado de um bivaque na noite do destino. Nisso soava o acordeão de Solano Rojas junto ao rio natal. Não estariam acaso dialogando a água escura e o filho cego a respeito de coisas, de recordações compartilhadas?

Ele tinha incrustado dentro, no seu coração indomável, um lutador, um rebelde que odiava a injustiça. Isso era verdade. Mas também um homem apaixonado e triste. Solano Rojas sabia agora: amor é tristeza e gera, sem remédio, a solidão. Estava acompanhado e só.

Neste lugar havia lutado e amado. Ali estavam sua raiz, sua alegria e seu infortúnio. O remendado acordeão lhe dizia em sua língua de resina e asa, em seu

---

<sup>2</sup> Ilhas flutuantes que descem os rios, geralmente formadas por plantas, troncos e outros sedimentos; Planta flutuante que desce os rios. (N. do T.)

pequeno pulso de tambor guerreiro que esculpia nas barrancas e na gente as antigas palavras marciais:

Acampamento *Cerro-León*

Quatorze, quinze, dezesseis,

Dezessete, dezoito,

Dezenove batalhão...

*Ipuma-ko la diana,*

*Pe pacpá-ke lo'mitá...*

A luta não estava perdida. Solano Rojas não podia ver os resultados, mas os sentia. Ali estava o engenho para testemunhá-lo; o regime de vida e de trabalho mais humano que se havia implantado nele; a gradual extinção do temor e da degradação nas pessoas, a consciência cada vez mais clara de sua condição e de sua fraternidade; esses andrajosos *mita'í* nos quais ele semeava a escura semente do futuro, enquanto movia seu arado na água.

Vinham a consultá-lo na barranca. O rancho do balseiro de *Yasy-Möröti* era o verdadeiro sindicato dos trabalhadores do açúcar nessa região.

- Solano, já cortaram outra vez os turno pra nós entra a cana-doce – informavam os pequenos agricultores.

- Solano, o trabaio por tarefas aqui se paga *michlitereí* – se queixavam os cortadores.

- Solano, isso e aquilo...

Ele os aconselhava e orientava. Nenhuma solução proposta por Solano havia fracassado. No engenho e nas plantações se davam conta em seguida, quando uma demanda subia do *Paso*.

- Vem do sindicato *karapé* – diziam.

E a respeitavam porque essa demanda pesava como um pedaço de barranca e tinha seu implacável centro de equilíbrio no justo.

Não, seu sacrifício não tinha sido estéril. O combate, os anos de prisão, suas cicatrizes, sua cegueira. Nada tinha sido inútil. Estava contente de ter se jogado inteiro em favor de seus irmãos.

Porém, no fundo de sua escuridão desvelada e irremediável, seu coração também reclamava por ela, por sua mulher que agora somente era como um sonho com o corpo de cobre e a cabeça de lua. Tingida pelo fogo e suas lembranças.

Ela, *Yasy-Möröti*.

Não tinham estado juntos mais que contados instantes. Mal tinham trocado palavras. Mas a voz dela estava agora dissolvida na voz do rio, na voz do vento, na voz de seu desgastado acordeão. Ainda a via ao resplendor das fogueiras, em meio à destruição e à morte, em meio à calma que seguiu depois como um tempo que havia fluído fora do tempo. E um pouco antes, quando convalescendo do castigo, ele a entreviu a seu lado, era muito mais uma sombra borrada sobre a água revolta e dolorida na qual ele todo flutuava como um farrapo que um firme e jovem corpo de mulher.

Recordava-a como então e ainda que estivesse longe ou se houvesse morrido a esperaria sempre. Não; mas ela não estava morta. Somente para ele era como um sonho. Às vezes a sentia passar pelo rio. Mas já não podia vê-la senão em seu interior, porque a prisão havia deixado intactas suas lembranças, mas lhe havia comido os olhos.

Estava acompanhado e só. Por isso o acordeão soava vivo e marcial entre as barrancas de *Paso Yasy-Möröt*, mas ao mesmo tempo triste e nostálgico, enquanto caía a noite sobre sua noite.

Lua Branca que de mim te afastas

Com olhos distantes...

*Yasy-Mörötī...*

Antes de estabelecer-se a primeira fábrica de açúcar em Tebikuary-Costa, a maior parte de seus moradores se achava disseminada nas margens montanhosas do rio. Viviam em estado semi-selvagem da caça, da pesca de seus rudimentares cultivos, mas ao menos viviam em liberdade, por seu próprio esforço, sem muitas dificuldades e necessidades. Viviam e morriam insensivelmente como os veados, como as plantas, como as estações.

Um dia chegou Simón Bonaví com seus homens. Vieram a cavalo de *San Juan de Borja* explorando o rio para escolher o lugar. Então, ao começo do vale que se estendia ante eles desde a curva do rio, Simón Bonaví se deteve.

- Aqui – disse, passeando as fendas azuis de seus olhos por toda a amplitude do vale. – Isto me agrada.

Tirou do bolso um mapa bastante amassado e pôs-se a estudá-lo com atenção concentrada. Seu nariz comprido e ganchudo de ave de rapina dava a impressão de que ia pingar sobre o papel. De tempo em tempo, distraidamente, cheirava o polegar e o indicador, esfregando-os um pouco como se aspirasse pó de tabaco. Os outros o olhavam em silêncio, na expectativa.

- Sim - disse Simón Bonaví levantando a cabeça -. Isto pertence ao fisco. Águas, terras, pessoas. Em estado inculto, porém em abundância. É o que necessitamos. E, além disso, vai nos sair de graça – girou o braço com um gesto de apropriação; um gesto ávido, mas lento e seguro.

Os homens também farejaram em todas as direções e aprovaram respeitosamente o que disse o patrão. Nos olhos mansos e azuis do sefardita<sup>3</sup> a cobiça tinha qualquer

---

<sup>3</sup> Termo usado para referir aos descendentes de judeus originários de Portugal, Espanha, Itália, Grécia, Turquia, Palestina, etc. (N. do T.)

coisa de agradavelmente sinistra como em seu sorriso, um fiapo mole entre os dentes, entre os lábios finos, como a rebarba festiva de sua sordidez metálica e embainhada.

Um homem loiro, que parecia alemão, estudava o lugar com um olho fechado.

- Forkel – chamou-o Bonaví.

- Sim, seu Simón.

- Agora pode medir. Nos instalamos por aqui.

Aparearam. Um mulato vesgo e gigantesco, que sempre andava atrás de Bonaví com um *parabellum*<sup>4</sup> no cinto, ajudou-lhe a desmontar. Carregou-o como uma criança.

- Obrigada, Penayo – sorriu-lhe o patrão.

Os ajudantes de Forkel começaram a medir o terreno com uma fita de aço que se enrolava e desenrolava de um estojo, parecida com uma cobra achatada e brilhante.

Simón Bonaví era baixinho e barrigudo. À sombra do mulato, parecia quase um anão. Tinha as pernas bem arqueadas. Era o único que não usava polainas de couro. Sua roupa era escura e seu chapeuzinho ridículo, que parecia mais um barrete, tendiam a cor de um rato morto sobre as bochechas rubicundas<sup>5</sup>. Frequentemente, e de modo descuidado, enfiava os dedos na abertura da calça. O odor de suas partes era seu rapé. Dali o extraía quase sem pudor, entre o indicador e o polegar. E ao aspirá-lo, seus olhos mortiços e sua pacífica expressão se reanimavam.

- Tá cheirando o quê senhor? – perguntara-lhe uma vez, ao discutir um negócio, um colega curioso e inescrupuloso que o via enfiar a todo o momento a mão embaixo da mesa.

- O cheiro do dinheiro meu amigo. – respondeu-lhe sem se alterar Simón Bonaví, ao ver-se descoberto.

---

<sup>4</sup> Tipo de arma de fogo; o termo é derivado da expressão latina “*Si vis pacem, para bellum*” (Se queres paz prepara a guerra.) (N. do T)

<sup>5</sup> O vermelho (do latim *vermillus* – "vermezinho": a cochonilha) é a cor do sangue, sita no limite do visível do espectro luminoso. (N. do T.)

Nesse vale do *Tebikuary* do *Guairá*, o “odor do dinheiro” parecia formar parte de sua atmosfera. Simón Bonaví beliscava-o no ar, enquanto seus homens faziam dobrar-se sobre as cortadeiras<sup>6</sup> a flexível cobra de metal.

- O projeto da ferrovia até *Encarnación* passa a um quilômetro daqui – comentou o patrão.

- Provavelmente – concordou o engenheiro alemão. A estação está a cinco léguas ao norte de *San Juan de Borja*.

- Passa por aqui. Vi isso no mapa.

- Tá. Isso é muito interessante, seu Simón – disse, então, o alemão sem tirar os olhos dos agrimensores.

- Claro. Sem ferrovia não há fábrica – os pômulos rosados estavam plácidos. Até quando ameaçava, Simón Bonaví permanecia terno e risonho.

- Sem ferrovia não há fábrica – respondeu o outro num eco servil.

- Em Assunção moverei minhas influências para que prossiga a construção do caminho. Aqui nós levantaremos a fábrica. O governo que faça as vias. Isso é fazer pátria – a faquinha branca refletia entre os dentes sujos e grandes.

- Isso é fazer pátria – disse o engenheiro.

Assim nasceu o engenho. Simón Bonaví contratou os moradores. A princípio, estes se alegraram porque viam surgir possibilidades de um trabalho estável. Simón Bonaví os impressionou bem com seus modos mansos e afáveis. Um homem assim tinha que ser bom e respeitável. Acudiram em massa. O patrão ordenou que construíssem olarias e um aterro que avançou ao encontro dos futuros trilhos.

---

<sup>6</sup> Planta de folhas largas, cujas bordas cortam como uma navalha; cria-se em lugares pantanosos. (N. do T.)

Com os tijolos avermelhados que saíam dos fornos edificou-se a fábrica. Depois chegaram as complicadas maquinarias, o trilho de ferro, os grandes tachos de cobre para o cozimento. Tiveram que transportar em barrotes do terminal da ferrovia a uma distância de mais de dez léguas.

Levantaram-se os depósitos, algumas moradias, a delegacia, a provedoria. Os homens trabalhavam como escravos. E era só o começo. Mas dos patações<sup>7</sup> que sonhavam, não viam nem “a sombra”, porque o patrão pagava-lhes com vales.

- Ações ao portador, rapazes – dizia-lhes aos sábados. Vão tranquilos.

- *Kuatiá rei*, patrão – se atreveu algum a protestar.

- Que ele diz aí? – perguntou a Penayo, que fazia sua sombra protetora sobre ele.

- Papel inútil – traduziu o mulato.

- Tonto, mais que tonto – argumentou sorrindo o patrão. O papel é a mãe do dinheiro. E este papel é mais forte que o peso forte. São ações ao portador. Vão à provedoria e verão.

Isso de “ações ao portador” soava bem, mas eles não entendiam. Achavam que era algo bom, relacionado com o futuro. Pegavam seus vales e iam ao armazém da provedoria que chupava seus jornais a troco de mercadorias e roupas dez ou vinte vezes mais caras que seu valor real. Mas eram roupas e mercadorias e isso adquiriam com o *kuatiá rei*, o papel branco que era mais forte que o peso forte, que o patação redondo.

Simón Bonaví tecia sua teia de aranha com o suco das mesmas moscas que ia caçando. Levava seus fios de um lado a outro em suas mãos pequenas e gorduchas, balançando-se muito ao andar sobre suas pernas tortas, como um pêndulo barrigudo, furtivo e sorridente. O pêndulo do seu relógio que marcava um tempo cujo único dono era Simón Bonaví.

---

<sup>7</sup> Moedas de prata que eram cunhadas sob outras moedas, principalmente sob as de 8 reales das colônias espanholas na América. (N. do T.)



Os nativos viam o engenho crescer como um enorme quisto vermelho. Sentiam-no engordar com seu esforço, com seu suor, com seu temor. Porque um medo surdo e impotente também começou a difundir-se. Seu modo simples, pastoril, não conseguia compreender o que estava se passando. O trabalho não era mais uma coisa boa e alegre. O trabalho era uma maldição que teria que ser suportado como uma maldição.

Antes que a fábrica estivesse pronta, Simon Bonaví já tinha amansado as pessoas pela intimidação. Ele seguia sorrindo mansamente e aspirando o casto rapé do meio suas pernas. Não intervinha pessoalmente na tarefa do amansamento. Para isso tinha posto à frente dos trabalhos Eulogio Penayo, que agora brandia a toda hora um *teyúruguai* comprido e grosso atado ao punho.

- *Chake*, Ulogio!... – sussurrava o medo no aterro, nas olarias, nos roçados, nos galpões. E a tira de couro trançada estalava na terra, na madeira, nas máquinas, nas costas suadas dos escravos. Às vezes soavam tiros de *parabellum* em som de ameaça. Penayo queria que soubessem que ele era tão bom para as chicotadas como para os balaços.

Um dos tiros foi parar na cabeça de Esteban Blanco, que se atreveu a levantar a mão contra o capataz. O mulato disparou à queima-roupa.

- *Omanó Tebá!* Ulogio *oyuká Tebä-pe!* – as testemunhas espalharam a notícia.

Foi o primeiro rebelde e o primeiro morto. Jogaram-no ao rio. O cadáver se distanciou flutuando em uma leve mancha de sangue sobre a tela verde e sinuosa da água.

Simon Bonaví sorria e cheirava os dedos. Os olhos vesgos do mulato rondavam entre as folhas e o pó. O patrão era manso. O mulato era a sombra sinistra do risonho homenzinho.

Entre os dois fecharam um círculo em torno dos moradores de *Tebikuary* do *Guairá*. Os únicos que ficaram livres foram os *carpincheros*<sup>8</sup>. Eles não quiseram vender seu vagabundo destino ao patrão, que comprava vidas com vales de papel para toda a vida.

Veio uma peste. Adoeceram e morreram muitos. No início, alguns se animaram a pedir ao patrão um adiantamento para comprar remédios em *San Juan de Borja*. Com seu manso sorriso, Bonaví mandou-os de volta:

- Ah, nós os pobres não temos direito de adoecer! Aí está o rio – disse lançando leves polegadas sobre o ombro. Dêem água, muita água a eles, até que se cansem. A água é um santo remédio.

Por fim a fábrica começou a funcionar. Seus intestinos de ferro e cobre defecaram um açúcar branco, mais branco que a areia do *Paso*. Branco, doce e brilhante. Os homens, as mulheres, as crianças escuras de *Tebikuary-Costa* se assombraram de que uma coisa tão amarga como seu suor pudesse se converter naqueles cristaizinhos de geada que pareciam banhados de lua, de escamas de peixes trituradas, de água de orvalho, de doce saliva de lechiguanas.

- Açúcar... Açúcar *möröti! Iporã itepa!* – clamaram em uníssono em voz baixa. Alguns tinham os olhos úmidos. Talvez reflexo do açúcar. Sentiam-no doce nos lábios, mas amargo nos olhos, onde voltava a ser suco lacrimal, areia doce empapada em lágrimas amargas.

No primeiro momento se fartaram. Depois tiveram que comê-lo às escondidas, sob o risco de pagar um punhadinho com dez chicotadas do mulato.

Terminada a primeira safra, Simón Bonaví regressou à capital, deixando na fábrica o engenheiro alemão Forkel e na delegacia Eulogio Penayo.

---

<sup>8</sup> Caçadores de capivara. (N. do T.)

Viram-no afastar-se a cavalo, sorrindo e cheirando os dedos, como se ao ir embora sorvesse o resto da luz e do aroma agreste que ainda sobravam em *Tebikuary* do *Guairá*. Eclipsou-se atrás do mulato que o escoltou até o trem.

Na fábrica espalhou-se então o sombrio reinado do temor, cujos alicerces Simón Bonaví havia deixado com gestos suaves e brandos olhares azuis. Forkel e Penayo tinham de prestar-lhe contas rigorosas. Ficavam ali como o braço direito e esquerdo do barrigudo homenzinho de Assunção.

Da chaminé do engenho saía uma fumaça negra que manchava o ar límpido, o céu outrora claro do vale. Era como o hálito dos desgraçados enterrados vivos no quisto de tijolo e ferro que continuava pulsando à beira do rio.

Neste ano, na noite de São João, as fogueiras passaram fugitivas e espectrais, verdadeiros fogos-fátuos sobre a água.

Solano Rojas tinha então quinze anos e trabalhava como peão na condutora do trapiche. Ele viu Esteban Blanco rebelar-se e morrer. Seu grito, sua cabeça destroçada pelo balaço do *parabellum*, mas acima de tudo seu altivo gesto de rebeldia contra o matador que o havia chicoteado, lhe incrustaram na alma.

Eulogio Penayo seguiu cometendo tropelias e vexames inomináveis. Estava arrebatado. Sentia-se impune e onipotente. Agora era também delegado do governo. Bonaví conseguira sua nomeação por decreto.

A delegacia, uma casa branca com teto de zinco, tão sinistra quanto seu ocupante, estava em frente à curva na parte mais alta da barranca. Dali o capataz delegado vigiava o engenho como um canzarrão negro aureolado de prestígio sangrento. Ali arrastava pelas noites as mulheres com que queria gozar em seus desejos lúbricos.

Às vezes ouviam-se os gritos ou o pranto das infelizes em meio à gargalhadas e palavrões do mestiço.

No ano seguinte à partida do patrão, o plantão ficou a cargo da mãe de Solano, que era uma mulher ainda jovem e de boa aparência. Conseguiu dela tudo o que quis, pois a ameaçou, caso se negasse, ele mataria seu filho que estava trabalhando na fábrica. Solano ignorou-o até muito depois, quando o mulato já estava morto e quando uma vingança pessoal já tinha perdido o sentido, mesmo se ele não tivesse morrido.

Entretanto, apareceu de repente outro inimigo aos peões da fábrica.

Max Forkel mandou trazer sua mulher de Assunção. Ela chegou montada como homem e com traje de amazona: botas negras, casaco e calça azuis, chapéu de pano colocado sobre o cabelo pintado de cor indefinível.

Desde o primeiro momento souberam o que esperar com respeito a ela. Era uma fêmea xucra e insaciável, a versão feminina do mulato. Andava todo tempo a cavalo, fatigando os campos e olhando estranhamente os homens quando passava. Chamavam-na “Bringa”. A mancha azul de seu casaco voava ao vento e ao pó do engenho pela manhã e pela tarde.

Ao principio, a “Bringa” ligou-se com o mulato. Saíam juntos e se deitavam em qualquer parte, sem importar-se muito com que espectadores ocasionais pudessem murmurar depois:

- Já vimo otra veiz o Ulogio e a Bringa...no matagal.

- Parecem burro e mula...

Mas Penayo logo se cansou desta mulher quarentona e repugnante e acabou por dar-lhe as costas. Então ela se dedicou a procurar novos candidatos entre a peonada jovem. Mandava chamá-los e se fazia cobrir com dádivas ou sob ameaças, quase nas próprias barbas do marido e provavelmente com sua tácita aceitação. Alguns se

prestaram aos senis galanteios da mulher do engenheiro, atacada de furiosa ninfomania. E os que não queriam transigir eram mandados embora da fábrica.

O dilema, no entanto, era terrível: ou as vulvas da Bringa ou a fome e a perseguição.

A Bringa tornou-se então a Vaca Brava.

- *Vacá ñarö...*, *vacá cose...*, *vacá pochy!*

Quatro vezes mais as fogueiras de São João tinham ido rio abaixo.

Solano Rojas era já um homem espigado e esbelto. Um dia Anacleto Pakurí trouxe-lhe a temida notícia.

- Agora quer ligar-se contigo.

- Quem? – perguntou Solano por perguntar. Sabia de quem se tratava. Seus vinte anos virgens e viris se ergueram dentro dele com asco sombrio e turbulento.

- Ela. *Vacá Ñarö* – disse Anacleto friccionando a braguilha. Vai mandar te chamar. Ontem à noite tive com ela. *Neike, tapy-pi*, que fêmea xucra que é a mulher do engenheiro! Me deu dez peso *minteko*. *Mä'é* – tirou do bolso da calça uma nota nova com um homem testudo no centro.

- Te vendeu Anacleto! – Solano lhe arrancou a nota, cuspiu em cima com raiva a espuma amarela de seu tabaco. Depois a jogou no chão, pisoteou como a uma cobra morta e cobriu-a de terra.

- Devia de ir agora mermo vê a curandera de *Kande'á* pra vê se me limpa do contágio – disse humilhado Anacleto. E tu toma cuidado Solano. Eu já te avisei.

Mas um acontecimento imprevisto livrou Solano do ataque da Vaca Brava.

No dia seguinte ao seu encontro com Anacleto, o delegado amanheceu morto em sua casa. Tinha uma faca cravada nas costas. Foi um assassinato misterioso. Era um assassinato incrível. Não havia indício algum. A casa do cão negro era inexpugnável e

dizia-se que ele dormia com um olho sobre o cano do *parabellum*. Devia ser uma mulher. Talvez a mulher de Forkel. Viram-na rondando a casa branca e depois falando com o mulato na cerca. Podia ser o Forkel mesmo. A única certeza era que o selvagem Cérbero de Simón Bonaví estava morto. E bem morto. As pessoas podiam finalmente ter algum respiro. Os velhos rezavam, as mulheres choravam de alegria.

Simón Bonaví mandou outro testa-de-ferro e junto com ele vários imigrantes para que procedesse a uma depuração de empregados, uma “troca” geral dos elementos mais antigos.

- A mestiçagem aplaca o sangue e melhora os negócios – havia dito cheirando como sempre o odor do dinheiro, que ele guardava na braguilha da calça.

Max Forkel também foi despedido. Simón Bonaví deu ao testa-de-ferro instruções precisas a respeito do engenheiro alemão.

- É mole, inepto com as pessoas, cobra um salário muito alto. E tem essa mulher que é um asco de imoralidade. Além disso, não precisamos mais dele. Ponha-o no olho da rua, sem contemplações.

Foi embora a pé com sua mulher pelo aterro, carregado de malas como um biscateiro. A Vaca Brava parecia que finalmente tinha amansado. Ia estranhamente tranqüila ao lado do marido, como uma submissa e verdadeira esposa. Estava irreconhecível. Usava um vestido simples de percal floreado e não o agressivo traje de amazona que usara o tempo todo. O peso de uma maleta negra que levava na mão lhe encurvava um pouco. Parecia ao mesmo tempo mais velha e mais jovem. E a aba de um envelhecido chapéu de palha suavizava e deixava distante a expressão de seu rosto repulsivo, em que algo indescritível como um sorriso de satisfação ou de renúncia flutuava tristemente, enobrecendo-o de certa maneira. Virou-se somente uma vez, com recatada lentidão como se despedindo de um tempo que ali morria para ela.

Um velho guarda cochichou a outro no aterro:

- A Vaca Brava deu um jeito em Ulogio Penayo. Não pode ser outra.

- *Jhee*, compadi. Não se engana o diabo por mais manso que se faça.

- Na maleta leva a alma do mulato.

- *Jha kuña takú!* Enfim serviu pra algo...

Mas era como se falasse de um ser que já não existia mais, porque nesse momento uma nuvem de pó acabou de apagar a maleta negra e o vestido floreado.

A ex-delegacia ficou abandonada por um tempo sobre o declive calcário. Dizia-se que a alma penada de Penayo lamentava-se por ali às noites. Depois foi ocupada por outro casal alemão que tinha uma filhinha de pouca idade.

Certa noite trouxeram até a casa um *carpinchero* morto por um lobo-*pe*, a menina desapareceu misteriosamente. Era uma noite de São João e os fogos resvalavam pela garganta do rio.

A mãe enlouqueceu ao ver o cadáver do *carpinchero* se transformar em um mulato, um mulato gigantesco que chorava e ria e andava se batendo contra as paredes. Afirmava que ele tinha roubado sua filhinha. Mas aquilo era somente a invenção de sua loucura. O *carpinchero* morto continuava onde tinham colocado, sob o beiral da casa, estremecido pelos reflexos avermelhados.

Mais quatro vezes as fogueiras de *San Juan de Borja* passaram rio abaixo.

As coisas amainavam um pouco no engenho. O substituto de Eulogio Penayo, mais do que um capanga, era um burocrata. Vivía com suas anotações. E tinha tudo organizado na base de números, fichas e de uma rotina metódica. Os homens trabalhavam com mais folga nesta redistribuição das tarefas. O descontentamento

acalmou bastante. Simón Bonaví tinha dado um sagaz golpe de mestre. Seria o último. Enquanto isso, a fábrica seguia produzindo muito dinheiro e o regime de exploração, na verdade, pouco mudou. A ponta do lápis do novo testa-de-ferro resultou tão eficaz como o *teyú-ruguai* do anterior. É verdade também que o lápis continuava respaldado por bons fuzis e capangas ligeiramente aprumados. Isto era o que produzia a miragem otimista.

Solano Rojas estava entre os poucos que não se deixavam enganar. Talvez fosse o mais desperto e voluntarioso de todos. Tateava a realidade e entrevia intuitivamente seus perigos.

- Isto *ko'* é pura saliva de loro *marakaná*. Não durmam *lo'mitá*.

Entretanto, lhe faziam pouco caso. Os homens estavam cansados e maltratados. Preferiam continuar assim a dar pretexto para que voltassem a reduzi-los pela violência.

Entre os conchavados que vieram esse ano para a safra, chegou das terras altas um que era diferente de todos os outros. Boa lábia, fogoso, simpático à primeira vista, com marcas de castigos que não destruíam, enobreciam sua aparência jovem, a expressão firme de seu rosto brando e curtido. Pedia que lhe chamassem de Gabriel.

Trouxe a notícia de que os trabalhadores de todos os engenhos do Sul estavam preparando uma greve geral para exigir melhores condições de vida e de trabalho. *Tebikuary-Guasú* e Villarica já tinham aderido ao movimento. Ele vinha tentar a participação de *Tebikuary-Costa*.

- Nossa força depende de nossa união – repetiu constantemente Gabriel nas confabulações clandestinas – de nossa união e de saber que lutamos por nossos direitos. Somos seres humanos. Não escravos. Não burros de carga.

Solano Rojas escutava este homem com deslumbrado interesse. Por fim alguém tinha vindo a dar voz a seus anseios, a incitá-los à luta, à rebelião. O agitador dos



trabalhadores do açúcar se deu conta em seguida de que teria neste robusto e nobre rapaz seu melhor discípulo e ajudante. Instruiu-o rapidamente e trabalharam sem descanso. O entusiasmo do pessoal pela causa foi aumentando pouco a pouco. Eram objetivos simples e claros e os métodos também eram claros e simples. Não era difícil compreendê-los e aceitá-los porque se relacionavam com seus desejos obscuros e os expressava claramente.

O agitador deixou Solano Rojas a cargo dos trabalhos e foi-se embora.

Pouco tempo depois o administrador percebeu sobre suas planilhas e fichários a sombra da ameaça que estava pairando sobre o engenho. Pareceu-lhe prudente retransmitir o dado sem perda de tempo ao patrão.

O homenzinho barrigudo veio e “pegou no ar” a situação. Seu nariz ganchudo, habituado ao aroma perspicaz de seu membro, cheirou as dificuldades do futuro, o fedor da insurreição.

- Isto está ficando feio – disse ao administrador – deixemos que outro seja quem se queime as mãos.

Regressou em poucos dias e pôs à venda a fábrica junto com as terras que obtivera gratuitamente do fisco para “fazer pátria”. Não lhe custou encontrar interessados. Simón Bonaví fechou contrato com um ex-algodoeiro da Virginia que tinha vindo ao Paraguai assim como podia ter ido às selvas da África. Em vez de caçar feras ou garimpar diamantes, tinha optado por caçar homens que tivessem enterrados em suas carnes os diamantes infinitamente mais valiosos do suor. Tinha vindo com armas e dólares. Bonaví, ladino, não lhe escondeu a greve. Ele suspeitou que pudesse ser um matiz excitante para o ex-algodoeiro. E não se equivocou.

- Não me importa. Pelo contrário, isso me *gostar* – disse-lhe o americano e pagou a vista o preço da transação que incluía a fauna, a flora e os homens de *Tebikuary-Costa*.

Então chegou Harry Way, o novo dono. Chegou com duas pistolas penduradas no cinto, os braços compridos ao longo dos *breeches*<sup>9</sup> cor caqui e uma atitude agressiva e sinistra embutida nas coronhas de chifre das pistolas. Era grande e maciço e andava a passos largos, enredando-se como um ébrio. Suas botas vermelhas deixavam na terra os buracos de suas passadas. Não se viam os olhos. Seu rosto quadrado, sobre o qual fazia perpetuamente sombra um chapéu de abas, parecia espreitar como uma fresta de cimento a possível procedência do ataque ou escolher o lugar e calcular a trajetória do balaço que ele devia disparar.

Acompanhavam-lhe três guarda-costas que eram dignos dele: um moreno beijudo, que tinha uma facada cinzenta de orelha a orelha, um baixinho de cara bestial que através de seu lábio leporino cuspiam longos esguichos de saliva negra. De tempo em tempo, tirava dos fundilhos uma trança de tabaco e dava-lhe uma dentada. O terceiro era um indivíduo alto, magro e sardento que aparentemente sempre estava olhando o chão, mas na verdade espiando por debaixo do chapéu caído propositadamente sobre a testa. Os três carregavam um imponente *Smith Wesson* negro em cada lado e um curto chicote desmontador no punho. Pareciam mudos. Mas tudo o que lhes faltava na voz lhes sobrava nos olhos.

Apareceram uma manhã como se brotados da terra. Os quatro e seus cavalos. Ninguém os tinha visto chegar.

A primeira coisa que fez Harry Way no engenho foi reunir a peonada e os pequenos agricultores. Não sobrou um só escravo sem vir à estranha assembléia convocada pelo novo patrão. Sua voz trovejou como através de um tubo de lata amplo e

---

<sup>9</sup> Tipo de calças próprias para montaria. (N. do T.)

bem alimentado de ar e orgulhoso desprezo em relação à centena de homens amontoados contra a parede avermelhada da fábrica. Seu forte sotaque gringo tornou ainda mais incompreensível e ameaçadora sua peroração.

- Me preveniu dom Simón que aqui estão preparando uma greve para vocês. Mim comprou este fábrica e vim para fazê-los trabalhá. Como eu me chamo Harry Way, não deixarei vivo um só miserável que pense em greves ou em bobagens deste tipo.

Bateu no peito com os punhos fechados para sublinhar a ameaça. A camisa com listras vermelhas desabotoou em baixo da blusa e uma espessa mecha cor de ferrugem apareceu pela abertura. Com o dorso da mão revirou o chapéu que caiu sobre a nuca. O rosto quadrado e sanguíneo também parecia enferrujado na orla de pelo que de forma rala o coroava. Harry Way passeou seus desafiantes olhos cinza pelos homens imóveis.

- Quem não estiver de acordo que me diga agora mesmo. Mim fazer ficar de acordo na hora. Sua crueldade lhe embriagava, lhe sustentava. Era sua melhor qualidade. Seu corpanzil pairava nela como um penhasco em uma cerração rubra.

Ouviu-se um grito sufocado nas alas dos trabalhadores. Fora proferido por Loreto Almirón, um pobre carroceiro epilético. Seus ataques sempre começavam assim. Estava verde e sua mandíbula caída desengonçada sobre o peito.

- Tragam esse miserável! Resmungou Harry Way a seus capangas. O moreno e o baixinho correram em direção aos peões. O sardento se grudou ao patrão com as mãos nos revólveres. Loreto Almirón foi trazido arrastado e colocado diante de Harry Way. Parecia um morto sustentado em pé.

- Você protestou?

Loreto Almirón tinha só os olhos bem abertos. Não disse nada.

- Mim vai ensinar você a *ser* grevista... arqueou-se para um lado e ao voltar desferiu um tremendo soco sobre o rosto do carroceiro. Ouviu-se o ranger dos dentes. A pele rasgou sobre o canto da bochecha. Os que o tinham aferrado pelos braços soltaram-no e então Loreto Almirón desabou como um fardo aos pés de Harry Way, que ainda lhe deu um feroz pontapé no peito.

- Mais alguém vai *querer* provar? – perguntou excitado.

A massa de homens escuros tremia contra a parede, como se a epilepsia de Loreto Almirón, agora inerte no chão, estivesse revolvendo em todos eles.

Solano Rojas estava crispado pronto para saltar com o facão agarrado nas mãos. Grossas gotas começaram a cair junto de seus pés. Não eram de suor. Em sua fúria impotente e silenciosa, tinha fechado uma de suas mãos sobre o fio do facão que o penetrou até os ossos.

- Ainda não... ainda não! – o espasmo furioso estava em fim dominado em seu peito, que ecoava em segredo como em um monte.

O sardento espiava por baixo do chapéu pirí em direção a Solano. Não o via bem. José del Rosario e Pegro Tanimbú tinham-no tapado com seus corpos. Só o instinto dizia ao capanga que ali estava fervendo o sangue. Mas o sangue dos escravos já estava fervendo em todas as veias debaixo da pele escura e martirizada. Sombras de soluços reprimidos estavam arranhando o céu seco e ardente das bocas.

A gargalhada de Harry Way apedrejou os peões.

- Ha...ha...ha...! *Grevistas!* Mim ensinar vocês serem mansinhos como ovelhas... Olhem aqui!

Pelo aterro vinha um verdadeiro destacamento de homens armados com *máuseres* do governo. Eram os novos “soldados” da delegacia, cujas nomeações também tinham vindo do Ministério do Interior.

Harry Way possuía um aguçado sentido prático e decorativo. A espetacular aparição de seus homens se dava em um momento oportuno. Eram mais ou menos vinte, tão mal encarados quanto os três que rodeavam o patrão. No pó, que seus cavalos levantavam, aproximavam-se como se flutuassem em uma nuvem de chumbo, homens sinistros, cujos esqueletos assombreados assomavam no sorriso de osso que o pó não podia apagar. Aproximavam-se pelo aterro. Envolvia-os ainda um silêncio algodoeiro e sujo, porém os olhos dos peões já escutavam o rumor brilhante de suas armas. Depois se escutou o rumor dos cascos. E só depois o rumor das vozes e risos quando os homens avançaram ao tranco de seus cavalos e se fecharam em um semicírculo diante da fábrica.

Harry Way ria. Os peões tremiam. Os “soldados” mostravam o esqueleto pela boca.

*Tebikuary* do *Guairá* estava muito pior que antes. Sua população havia saído do caldeirão para cair no fogo.

Harry Way foi morar com seus homens na casa branca onde tinha morrido Eulogio Penayo. Era como se a alma penada do mulato houvesse reencarnado em outro ser ainda mais bárbaro e terrível. Harry Way provocou saudades do antigo capataz-delegado de Bonaví, quase como um fenecido deleite.

A casa branca foi reconstruída em pouco tempo. E desde então passou a ser chamada de *Ogaguasú*. Voltava a ser delegacia e agora também era a moradia do todo poderoso patrão. Em torno, como um cinturão defensivo, ergueram-se os *bungalows*<sup>10</sup> dos capangas.

Rapidamente chegou a extremos incríveis a crueldade do “boi-vermelho”, do *güey-pitá*, como começaram a chamar ao fabricante gringo Harry Way. O nome dele soava-lhes assim. E na verdade assemelhava-se a um imenso boi vermelho. Suas botas,

---

<sup>10</sup> Espécie de alojamento, moradia. (N. do T.)

camisas com listras vermelhas, seu cabelo enferrujado que parecia tingido de pensamento sanguinário, sua transbordante e sanguinária animalidade.

Como antes Simón Bonaví, de Assunção, agora pastava Harry Way em *Tebikuary-Costa*. O quisto colorado se inchava mais e mais e estava ficando cada vez mais avermelhado, latejando, chupando seiva verde, seiva vermelha, seiva branca, seiva negra, os canaviais, a água, a terra, o vento, o suor, os homens, a garapa, o sangue, tudo misturado ao melaço que fermentava nos tachos e que as centrífugas defecavam branquíssimo por seus traseiros giratórios e zumbidores.

O açúcar do Boi-Vermelho seguia sendo branco. Ainda mais branco que antes, mais brilhante e mais doce, areia doce empapada em lágrimas amargas, com seus cristaizinhos de geadas orvalhados de lua, de suor, de fogo branco, de branco de olhos triturados pela pena branca do açúcar.

Diante da fábrica se plantou um robusto tronco de ipê. Ali se açoitavam os remissos, os descontentes, os supostos “grevistas”. Quando havia algum, o Boi-Vermelho ordenava a seus capangas:

- Levem-no ao *good friend* e sacudam-lhe os miasmas.

O “bom amigo” era o tronco. Os chicotes desmontadores administravam a purgação. E o paciente ficava atado, abraçado ao tronco, com seu lombo sanguinolento assando ao sol sob a uma nuvem de moscas e de mutucas.

O negro da fachada cinzenta e o baixinho *tembevó-karapé* se especializaram nas chicotadas. Especialmente este último. Faziam apostas.

- Cinco pesos vão pra esse – dizia o baixinho ao negro – Desmonto ele em vinte chicotada.

- Em trinta - apostava o negro.

O *tembevó-karapé* lubrificava as mãos lançando pelo lábio partido um esguicho de baba negra, empunhava o chicote e começava a lida com seu compassado e surdo estertor no peito. Quase sempre acertava. Desmontar significava fazer o chicoteado desmaiar. As plainadas do couro soavam quase como tiros de revólver sobre o lombo do infeliz que gritava até ficar calado, desmontado.

José del Rosario foi para o tronco. Era velho e não agüentou. Atiraram seu cadáver no rio. Tanimbú foi para o tronco. Estava tísico e não agüentou. Atiraram seu cadáver no rio. Anacleto Pakurí foi para o poste. Era jovem e forte. Agüentou. Por conta própria deixou o “bom amigo”. Mas no dia seguinte, voltou a ser insolente com um dos capangas e liquidaram-no com um tiro. Atiraram seu cadáver no rio. Um pouco antes, também haviam atirado ao rio Loreto Almirón, que não morreu do chicote e sim do murro com que Harry Way obsequiou-lhe ao chegar.

O rio era um bom túmulo, verde, corrente, sossegado. Recebia seus filhos mortos e levava-os sem protestos em seus braços de água que lhes embalara ao nascer. Pouco depois trouxe piranhas para que não apodrecessem em longas e inúteis navegações.

As mulheres não estavam melhor que os homens. Antes só vivia na casa branca Eulogio Penayo, o mulato bragado de pernas. Havia agora na *Ogaguasú* vinte e cinco machos caprinos. Necessitavam desafogar-se e aliviavam-se por bem ou por mal.

O Boi-Vermelho deflorava as novas e passava-as a seus homens assim que ficava cansado delas.

As noites de farras eram freqüentes na *Ogaguasú*. Os capangas saíam a percorrer os ranchos recrutando para as *kuñá*. Quando faltavam mulheres, alguma tinha que suportar toda a tenda de machos, enquanto o fogo líquido da *guaripola* e o fogo podre

da luxúria iluminavam a farra; entre gritos, acordes de violão, cantos desafinados e gargalhadas vulgares.

O entusiasmo da greve se apagou como se queimado por um ácido. As palavras de Solano Rojas morriam sem eco, surdamente rejeitadas. Não queriam mais nem sequer escutá-lo. O terror tinha paralisado as pessoas. O rosto em fresta de Harry Way possuía dois olhos de coruja farejadora vindo das janelas da Ogaguasú. Sentiam-se vigiados até em seus pensamentos.

- Que greve, Solano! – diziam os poucos que ainda não estavam de todo desanimados -. Ma é mió queimá a fábrica e se esconde na mata.

- Não é a fábrica que é o inimigo da gente. O inimigo tá na Ogaguasú. Em todas as Ogaguasú-kuera onde tem patrão como o Güey-Pytá ou Simón Bonaví. Contra esses-kuera temo que se levantá.

Naturalmente não podiam faltar os informantes. Um deles delatou Solano.

O Boi-Vermelho exigiu-lhe primeiramente com ameaças que revelasse os planos da greve. Solano estava mudo e tranqüilo. Trataram de amolecer-lhe a murros e pontapés. Solano cuspiu sangue, cuspiu dois ou três dentes, porém continuava mudo e tranqüilo enquanto os hematomas começavam a sombrear-lhe o rosto.

- Levem-no ao tronco. E duro com ele – ordenou então o patrão.

Foi amarrado ao “bom amigo” e torturado brutalmente. O próprio Harry Way presenciou as chicotadas. O cambaio e o *tembevó-karapé* alternaram seus couros sobre as costas de Solano e competiram em força e fúria.

- Vai, quanto damo por esse? Acho que desmonta com quarenta – disse o baixinho em voz baixa ao negro, antes de começar.

- Esse, os dois junto não desmontamo em menos de cem – refletiu o negro. Já *jheyá cem-pe*.



Começaram a soar as chicotadas como tiros de calibre 38 longo.

...Cinco...Dez...Quinze...Vinte...O cambaio e o karapé...O karapé e o cambaio...Vinte e cinco...Trinta...o cambaio e o karapé...o karapé e o cambaio...

A cada chicotada saltava um pequeno jato vermelho que resplandecia ao sol. As costas de Solano já estavam totalmente banhadas em seu suco escarlate como uma fruta bastante madura que dois *taguatós* implacáveis arrebatavam com seus golpes compassados. Porém Solano continuava calado. A boca também sangrava com o esforço do silêncio. Só seus olhos estavam embaçados de gritos de raiva. Porém seu silêncio era mais terrível que o estampido dos chicotes.

-Mais...mais...! – gritava Harry Way -. Duro com ele! Mim ensinar você, miserável a ser grevista! Mais...mais..!

...trinta e cinco...Quarenta...Quarenta e cinco...Cinquenta...

O cambaio e o *karapé*...o *karapé* e o cambaio...

Estavam cansados. O *karapé* estertorava e estertorava o cambaio. Ao levantar o chicote secavam o suor da testa com o antebraço e se manchavam de vermelho a cara toda com o sangue respingado. O Boi-Vermelho também estertorava, mas não de cansaço e sim de uma sádica emoção.

Nem o cambaio nem o *karapé* acertaram desta vez. Só com cento e dez chicotadas conseguiram desmontar Solano, que ficou pendido do “bom amigo”.

A fumaça do engenho seguia manchando o céu. O quisto vermelho latejava. Naquela noite na *Ogaguasú* houve rumor de farra.

O tronco amanheceu vazio. Mãos anônimas desataram Solano na escuridão e levaram-no pelo rio. Se os capangas de Harry Way não tivessem dormindo pela sua bebedeira, talvez sentissem a manobra silenciosa dos *cachiveos*<sup>11</sup> dos *carpincheros* na curva do rio.

---

<sup>11</sup> Espécie de embarcação estreita e alongada. (N. do T.)

Os dias se passaram lentamente. O desespero cresceu nos trabalhadores do engenho e começou a transbordar como água que uma má lua arrancava da mãe.

Decidiu-se então pela destruição da fábrica.

Era, de certo modo, a consequência natural do estado de ânimo coletivo. A extremada solução ditada não pelo valor, mas pelo medo. As pessoas estavam enfeitiçadas pelo medo. Estavam enfeitiçadas pelo ódio, pela amargura sem esperança. Estavam envenenadas e secas como se durante todo esse tempo só tivessem bebendo suco de víboras e garapa de cana doce e leprosa.

A causa de suas desgraças era a fábrica, as máquinas, o engenho. O próprio Simón Bonaví, o próprio Harry Way, haviam nascido do quisto colorado. Tinham sua cor e seu veneno. Destruída a fábrica, tudo voltaria a ser como antes.

- Vamo bota fogo! – propôs Alípio Chamorro.

- Já *Jhapy-katú!* – apoiaram Secundino Ortigoza, Belén Cristaldo, Miguel Benítez, e mais uns quinze ou vinte, rapagões arrojados que não se importavam em morrer se podiam destruir o poder do Boi-Vermelho.

A ausência de Solano Rojas complicava tudo. Ele tiraria partido favorável da situação. Era o líder nato dos seus. Mas achavam que estava morto.

Entretanto, um lenhador trouxe a notícia de que ele estava vivo com os *carpincheros*.

-Vamo chamá ele. – propôs Belén Cristaldo.

- Ele quer a greve, não o incêndio – lembrou Secú Ortigoza.

De qualquer maneira enviaram imediatamente o próprio lenhador para lhe comunicar a decisão.

A noite marcada para o incêndio, Solano Rojas subiu o rio com alguns *carpincheros*, os mesmos que o resgataram do tronco do suplício salvando-lhe a vida. Ainda estava um pouco fraco, mas por dentro sentia-se firme e ansioso.

Quando iam se aproximando do *Paso*, ouviram disparos na direção do engenho. Desembarcaram, subiram a barranca e continuaram aproximando-se cautelosamente pela mata onde a noite era mais noite com a escuridão. Os disparos iam ficando mais fortes. Solano reconheceu os *máuseres* e os revólveres de Harry Way e seus capangas. Seu coração apertou com um triste pressentimento.

Ao desembocar no terreno do engenho, comprovou que o que estava temendo desgraçadamente era verdade: seus companheiros estavam encurralados dentro da pilha de tábuas que rodeava a parte traseira da fábrica em um grande semicírculo. Provavelmente alguém tinha avisado a Harry Way do plano dos incendiários e ele os deixara entrar na armadilha até o último homem e agora lhes caçava a tiros.

Solano Rojas observou as trevas. Só restava um último e desesperado recurso. Era quase absurdo, mas ele tinha que tentar.

- Vamo *lo'mitá!* – sussurrou aos *carpincheros* e voltaram a sumir no *yavorai*.

Na ferradura formada pelos fundos da fábrica e a pilha de lenha, a escuridão assemelhava a asa de um imenso morcego. Nessa membrana viscosa e sinistra os homens encurralados abrigavam-se, protegiam-se. Porém, só por mais alguns instantes.

De diferentes pontos ao mesmo tempo, os disparos dos capangas iam pintando a noite com fugazes e retumbantes lingüetas amarelas. Apagavam-se e surgiam novamente em uma costura fosfórica cheia de assobios. O pesponto de clarões e detonações marcava a borda da armadilha. Os peões também respondiam com um ou outro tiro de onde se encontravam entrincheirados. Dispunham de um revólver. Empunhava-o Alípio Chamorro. Era a “Smith-Wesson” que sua irmã tinha roubado de

um capanga uma noite de farrá na *Ogaguasu*. Alípio disparava apontando cuidadosamente para as sombras que cuspiam saliva de fogo amarelo. Disparou umas cinco vezes.

- Me resta só uma bala – avisou Alípio.

- Dexa pro último – disse Secú Ortigoza, sem esperança -. Essa bala é pr'ocê. Vai sarvá ocê do capanga. Não sarvô tua irmã. Mas vai sarvá ocê.

Alguém tratou de anular a nota fúnebre que Secú havia infiltrado.

- Se lembram *pa* de Simón Bonaví? Dentro de suas perna *nikó* podiam brigar cinco cachorro perdigueiro, de tão *karë* que eram.

Riram.

- E quando cheirava sua braguilha? – disse Belén Cristaldo, contribuindo para a evocação do primeiro patrão – Se contentava com isso pra não gastar com a mulher.

Riram à gargalhadas. Condenados a uma morte certa, a vintena de peões ainda se divertiam nos seus últimos minutos, com pensamentos risonhos de uma tranqüila e desesperada ironia. Os balaços de Harry Way e de seus homens continuavam ricocheteando nos troncos com estalidos secos. Lembravam dele apenas para gritar-lhe com fria cólera, com desprezo:

- *Güey-Pytá!*...

- *Mba'é-pochy tepynó!*...

- *Tekaká!*...

- *Piii-piii-piii... puuuuu!*...

Uma chuva de unhas de chumbo raspou a pilha de lenha como uma invasão de doninhas invisíveis. Os peões ficaram em silêncio. Dois ou três queixavam-se silenciosamente, como em um orgasmo. Resolveram se entregar. Nisso viram elevar-se

por cima do pesponto fosfórico um resplendor fumegante vindo da curva do rio, na direção da *Ogaguasú*.

-*Pe ma'él! Tatá!*.... – disse uma voz na trincheira.

- Que *pikó* pode ser? – perguntou Miguel Benítez, com sua voz flauteada de menino.

- O fogo de São João – murmurou Alípio num suspiro -. PE mañá porá-ke jhesé... Tamo vendo ele pela última veiz.

- Em outubro *pikó*, Alípio, a noite de São João de junho? – Perguntou Secú.

O resplendor crescia. Via-se bem agora. Não, não eram as fogueiras de São João. Era a *Ogaguasú* que estava queimando. Um grande grito temeroso surgiu na trincheira. Os capangas abandonaram o assédio da pilha de lenha e correram para a *Ogaguasú*. Foram recebidos com um tiroteio granulado que tombou vários deles. Espalhou-se entre eles o desconcerto. Ouviam-se os mugidos metálicos e fanhosos de Harry Way tratando de tentar conter a debandada de seus homens repentinamente assustados.

Os sitiados começaram a abandonar a trincheira. Por receio se afastavam rastejando rente às moitas.

Quando alguns deles se animaram e chegaram às imediações da *Ogaguasú*, encontraram um extraordinário espetáculo. Tudo tinha acontecido vertiginosamente. Era algo tão inconcebível e irreal que parecia um sonho. Mas não era um sonho.

Na candeia circular dos “*bungalows*” de tábuas, a *Ogaguasú* ardia como uma imensa tocha que iluminava a noite.

Diante de Solano Rojas, armado de um *máuser*, diante de uns trinta *carpincheros* também armados com *máuseres* e revólveres, estava Harry Way caído de joelhos pedindo clemência. Com gritos ofegantes pedia clemência aos homens livres do rio, ao escravo que um mês antes tinha mandado açoitar até a beira da morte. Pedia

clêmência porque agora ele não queria morrer. Sua camisa de listras vermelhas esfarrapada mostrava o peito enferrujado. Seus *breeches* cor cáqui, sua pele de ouro sanguíneo, suas botas vermelhas de cadarços, estavam lambuzadas de barro e sangue. De trecho em trecho havia capangas mortos. O sardento alto e o baixinho do lábio leporino tinham mordido pó junto ao patrão.

Pouco a pouco vieram os outros moradores. Uma grande multidão estava se reunindo ao redor do incêndio.

- Não me matem... Não me matem! Mim *ser* cidadão estrangeiro! Mim *prometer resolver* as coisas do seu jeito! Não me matem! – Gemia o Boi - Vermelho ajoelhado na terra, esmagado, vencido.

- Levante-se! – ordenou Solano Rojas. Sua voz não admitia réplica. Era uma vontade tensa em que vivos e mortos falavam. Sobressaiu poderosa entre o ruído do fogo.

Harry Way levantou-se lentamente, ainda duvidando. Seu grande corpo já não era ameaçador. Estava como que desossado.

Solano se afastou até a porta de um dos “*bungalows*” em chamas e abriu-a com a coronha do *máuser*. As costas feridas de Solano silenciosamente descarregaram de repente diante do senhor feudal, uma por uma, todas as chicotadas recebidas.

- Vem cá! – voltou a ordenar implacável.

Harry Way avançou um passo e se deteve. Acabava de compreender. Começou a gritar novamente, desta vez com ganidos de cão castigado. Dois *carpincheros* empurraram-no a coronhadas, foram empurrando-o como a uma capivara ferida na água, foram empurrando-o apesar de seus gritos, de sua resistência espasmódica, de seu descomposto terror, de sua tremenda ansiedade em salvar-se da morte. Empurraram-no até acabar de atirá-lo na ratoeira ardente.

Solano voltou a fechar a porta e trancou-a com o *máuser*.

Todos ficaram escutando em silêncio, presenciando em silêncio a invisível execução de Harry Way que as chamas consumiam lentamente, até que os gritos e golpes de punho nas tábuas se nivelaram aos estalos do fogo, decresceram e se apagaram de vez, enquanto ascendia no ar o cheiro de carne queimada.

Entre os *carpincheros*, perto de Solano Rojas estava uma moça olhando a casa que ardia. Em seu rosto fino e pequeno suas pupilas azuis brilhavam embaçadas. A firme graça de seu corpo de cobre emergia através dos farrapos. Seus cabelos pareciam banhados de lua, como o açúcar. Não tinha armas, mas as mãos estavam cobertas de fuligem. Ela também tinha ajudado a queimar a *Ogaguasú*, a destruir a cruel e sanguinária opressão que estava acabando em calcinados escombros, em fumaça voadora, em recordação.

Por isso o acordeão de Solano soa vivo e marcial no *Paso*. O fogo da terra e dos homens, a paixão pela liberdade e a coragem, vibram nas antigas palavras guerreiras.

*Acampamento Cerro-León*

*Quatorze, quinze, dezasseis,*

*Dezassete, dezoito,*

*dezanove batalhão...*

*Ipuma-ko la diana,*

*Pe pacpá-ke lo'mitá...*

Depois do sumário castigo do Boi – Vermelho, aconteceu um breve episódio, indescritível, maravilhoso. Não poderia durar. Depois do pesadelo do medo, a embriaguez da esperança seria apenas um sopro.

Os trabalhadores do engenho recomeçaram a safra por conta própria, depois de fazer justiça pelas próprias mãos. Tinham pagado com sua dor, com seu sacrifício, com seu sangue. E pagaram adiantado. As contas eram justas.

Formaram uma comissão de administração em que se incluíram os técnicos. Cada um ficou responsável por sua área; os peões na fábrica, os plantadores no plantio, os lenhadores na mata, os carroceiros nas carroças, os vigilantes nos caminhos. Todos contribuíram, até as mulheres, os velhos e os *mitá-í*.

Puseram-se a trabalhar dia e noite, sem descanso. Faziam-no com gosto, porque enfim sabiam, sentiam que o trabalho era algo bom e alegre quando não está manchado nem pelo medo nem pelo ódio. O trabalho feito com amizade e camaradagem.

Por outro lado, não pensavam em ficar com o engenho para sempre. Sabiam que isso era impossível. Mas queriam ao menos entregá-lo limpo e purificado de suas taras; lugar de trabalho digno dos homens que vivem do seu trabalho e não lugar de torturas e injustiças bestiais.

Solano Rojas falou que podiam impor condições. Enviou emissários aos outros engenhos do Sul à Capital.

Os emissários não voltaram. Não puderam nem sequer terminar a safra. Uma semana depois de terem começado esta festa laboriosa e fraternal, o engenho amanheceu cercado por dois esquadrões do governo que vinham vingar postumamente o capitalista estrangeiro Harry Way. Traziam armas automáticas e morteiros.

Os trabalhadores enviaram intermediários. Foram baleados. Abrigaram-se então na fábrica para resistir. As metralhadoras começaram a entrar em ação e as primeiras granadas dos morteiros a cair sobre a fábrica.



Desta vez os sitiados se renderam para evitar uma matança inútil. Os esquadrões levaram os presos amarrados com arames. Entre eles ia Solano Rojas com um balaço no ombro.

*Tebikury* do *Guairá* voltou ao ponto de partida. Mas no lugar do verde de antigamente havia somente escombros carbonizados. Alguns cadáveres humanos intumesciam-se no pó do aterro. E em vez de fumaça flutuavam corvos no ar seco e ardente do vale.

O círculo havia se fechado e começava novamente.

Os presos retornaram pouco a pouco. Primeiro foi Miguel Benitez, depois Secú Ortigoza, depois Belén Cristaldo e por último Alípio Chamorro. Solano Rojas ficou na prisão. Ficou lá quinze anos. Por fim soltaram-no. Trouxe suas lembranças e a cicatriz de um balaço sobre elas. Porém tivera que deixar os olhos na prisão a troco de sua liberdade.

Regressou como uma sombra que voltava da morte. Sombra por fora e por dentro. Andou vagabundeando pelas barrancas. Ali ficou. Os *carpincheros* ajudaram-lhe depois a levantar sua cabana ao outro lado do rio e a construir sua balsa. Um tropeiro presenteou-lhe o acordeão.

Sentia-se à vontade na barranca diante das ruínas da *Ogaguasú*. Era o lugar do combate e o lugar do seu amor. Precisava estar ali, à beira do caminho da água que era o caminho dela. Seu ouvido aprendeu a distinguir os passos dos *carpincheros* e a encontrar o *cachiveo* negro em que a moça do rio remava olhando para cima, na direção do rancho do balseiro.

Ela. *Yasy-Möröti*.

O nome de *Paso* surgiu desta terna e secreta obsessão que transformava em música no remendado acordeão do cego.

*Yasy-Möröti...*

*Lua Branca amada que de mim te afastas*

*Com olhos distantes...*

Por três vezes, Solano sentiu descer as fogueiras de São João. Os *carpincheros* continuavam cumprindo o rito imemorial. Traziam seus *cachiveos* para que sapecassem ao fogo do Santo, para que a caça fosse produtiva.

Solano aproximava-se à beira da barranca para senti-los passar. Cumprimentava-os com o acordeão e eles respondiam-lhe com seus gritos. E quando o olho de seu coração via-a passar entre os fogos, era tomado por uma estranha exaltação. Deixava de tocar e os olhos sem vida lançavam seu orvalho. Em cada gota apagavam-se paisagens e brilhava a lembrança cor de fogo.

A última vez que se aproximou, escorregou na areia da barranca e caiu no remanso onde guardava sua balsa, onde lavava sua roupa esfarrapada, de onde pegava água para beber.

Dali o tiraram os *carpincheros* que estiveram toda a noite sob o brilho das fogueiras sondando a água com suas varas e arpões.

Tiraram-no enredado a uma raiz negra, os braços negros da água verde que o tinham abraçado fortemente e não queriam soltá-lo.

Os *carpincheros* colocaram o corpo de Solano na balsa, romperam o cipó que a atava ao cais e rebocaram-na rio abaixo entre as ilhotas chamejantes.

Sobre a balsa, ao lado do morto, imóvel ia *Yasy-Möröti*.

No entanto, de tempos em tempos costuma-se ouvir no *Paso*, ao cair das noites, a música fantasmal do acordeão. Nem sempre. Só quando ameaça mau tempo, não há safra no engenho novo e tudo está quieto e parado sobre o rio.

- *Chake!* – dizem então os ribeirinhos, aguçando o ouvido – vai ter tormenta.

- *Ipú Yevyma jhina* Solano acordeão...

Pensam que o *Paso Yasy-Moröti* está enfeitiçado e que Solano ronda nessas noites convertido em Caipora<sup>12</sup>. Não o temem e o veneram porque se sentem protegidos pela alma do balseiro morto.

Ali está ele, na travessia do rio, como um guardião cego e invisível a quem não se pode enganar porque *vê tudo*.

Monta guarda e espera. E não há nada de tão poderoso e invencível como alguém, que além da morte, monta guarda e espera.

#### 4.3.1 Glossário Guarani:

##### A

**AGUAI:** árvore frutífera. Por extensão, um crime, a marca moral que distingue a quem o cometeu.

**!AICHEYARANGÁ! :** Int. Pobre!

**AJHÄTAMA:** já vou.

**ALOJA:** refresco feito com água e mel de cana.

**AMANDAU – KARMBÚ:** granizo roncador

**ANGU'Ä:** morteiro

**!ANIANGÄ – KE! :** com cuidado

**!AÑA MEMBUY:** Int. !Filho do diabo!

**AÓ – PO'Í:** tecido de algodão feito a mão.

**AÓ – RY – É :** na mulher o espaço vazio que é formado pela roupa em cima do peito, onde as camponesas costumam guardar dinheiro ou pequenas coisas.

**APYKÄ:** cadeira.

**ARRIBEÑO:** estranho, chegado de outros lugares.

**AVEÍ:** também.

**AVEVÓ:** oco, esponjoso.

##### MB

<sup>12</sup> Ser mitológico, protetor das florestas. (N. do T.)

**MBA'E POCHY TEPYNÓ:** Peido do diabo.

**MBA'EVÉCHARAMO:** de maneira nenhuma.

**MBEGUE – KATÚ:** vagorosamente

**MBERUÄI:** mosca varejeira, carrapato.

**MBOI – YAGUÄ:** espécie de cobra.

**MBUERÄ:** berrar o touro.

## C

**CACHIVEO:** canoa muito rudimentar

**CARACÚ:** tutano.

**CABAYÚ:** cavalo

**COCHESA:** corrupção de colheita.

**COMÚN:** banheiro, latrina.

**COROCHO:** áspero.

**CUPIAL:** culatra.

## CH

**!CHAKE!** : int. Cuidado!

**CHATA:** embarcação de pouca profundidade e muita capacidade.

**CHE AMA MI:** minha pequena ama ou senhora.

**CHE CARAI:** meu senhor.

**CHICHÄRÖ:** torresmo.

**CHIPÃ:** espécie de pão de amido.

**CHOCHI:** pássaro de canto lúgubre.

## E

**EIRÄ:** mel.

**EPAG – PUE:** mistura de guarani e espanhol: acorde então.

**EYÚ:** vem.

## G

**GUACHA:** riopr. Chicote de couro largo e forte.

**GUAIKURÚ:** uma tribo de índios.

**GUAIMINGÜÉ:** espécie de ave noturna.

**GUALAMBAÚ:** instrumento musical indígena.

**GUAPO'Y:** planta parasita.

**GUARIPOLA:** cana

**GUAVIRÄ:** espécie de árvore frutífera.

## I

**!IPORÄ – ITEPA!:** Int. Que belo!

**IPUMA:** já toca (instrumentos musicais)

**IPU YEVY MA JHINA:** Fr. Outra vez está tocando.

## JH

**JHAVIA – KOROCHIRÊ:** espécie de pássaro canoro.

**JHESÃ – GUASÚ:** olhos grandes. Usado também em sentido figurado. Relacionado a dinheiro: grande nota.

**JËË:** adv. Sim

**JHINA:** elemento elocutivo para formação de frases adverbiais.

**JHU'ÍTÍ:** farinha de milho.

## K

**KABUCHÍ:** cântaro.

**KANGÜÉ – AKY:** ossos verdes, ternos. Diz-se de quem é muito jovem.

**KARAGUATÃ:** espécie de planta espinhosa e têxtil.

**KARAÍ:** senhor, dono, amo.

**KARAÍ – ROGÃ:** a casa do dono.

**KARAÍ – TUYÁ:** senhor velho.

**KARÉ:** baixinho. Coxo.

**KARIA'Y – POCHY:** homem mau.

**KARUGUÁ:** pântano.

**KARUMBÉ:** tartaruga.

**KARÚ – VAÍ:** mal comer. Diz-se de quem o faz.

**KAVICHU'Í:** espécie de vespa negra e pequena.

**KENÁ:** elemento elocutivo para a formação dos tempos do subjuntivo.

**KERESA:** larvas de insetos.

**KIRIKIRÍ:** ave de rapina.

**KO:** Part. Eloc. Adj. Demonstrativo.

**KUATIÁ-REÍ:** papel sem valor.

**KUERA:** sufixo para a formação do plural.

**KURIYÚ:** boa

## L

**LEMBÚ:** escaravelho.

**LUISÓN:** animal mítico.

## M

**MACHÚ:** avó. Também cozinheira e em geral a mulher que se encarrega dos afazeres domésticos.

**MAITEI – PA:** que acha?

**MARAKANÁ:** espécie de papagaio.

**MARANGATÚ:** bondoso, digno, justo.

**MASCADA:** pedaço de tabaco que se masca.

**MITAKUÑA:** menina, donzela.

**MITA'Í:** menino.

**MITA'Í REMBIAPÓ:** coisa de menino.

**MICHÍ ITEREÍ:** coisa pouca.

**MOSQUETONES:** classe de rifles bem curtos.

## N

**NACO:** mascada do tabaco.

**!NEIKE!:** Int. Vamos!

**NEIRA GUETEREÍ:** ainda não.

**NIKÓ:** elemento elocutivo sufixo.

## Ñ

**ÑAKURUTU:** coruja.

**ÑANDEYARA'Í:** nosso pequeno dono.

Aqui está usado como pequeno “Deus”

**ÑANDURIEÉ:** pequena cobra bem peçonhenta.

**ÑANA:** erva.

**ÑANI:** correr.

**!ÑA KAIRÕ NA LO' MITÁ!:** Vamos forçá-la rapazes! (no sentido de violação a uma mulher)

**ÑETINGAPARÓ:** cair.

## O

**OGAGUASÚ:** casa grande.

**OGA MÖRÖTĪ:** casa branca.

**OAMNÓ:** morreu.

## P

**PA'Í:** sacerdote, senhor, amigo.

**PAKURÍ:** árvore frutífera.

**PANAMBÍ:** borboleta.

**PE PACPA KE:** acordem todos!

**PERĒRĪ:** magro, fino.

**PIKÓ:** elemento elocutivo de interrogação.

**PICHINGÁ:** espécie de milho.

**PINDÓ:** espécie de palmeira.

**PINDÓ KARA'Í:** palma santa.

**PIRAPIRÉ:** escama de peixe.

(associado ao Pinheiro)

**PITOGÜÉ:** benteveo, canto de mau agouro.

**POGUASÚ:** grosso, também cigarro grosso.

**POMBERO:** personagem mitológico.

**PORONGO:** abóbora.

**PRUEBERA:** adivinha que lê cartas.

**PUKÚ:** comprido (a).

**PYSÁ PÉ:** unha do pé.

**PYTÁ:** calcanhar.

**PYTÁ YOVAL:** calcanhar duplo.

Personagem mitológico.

## R

**RA'Y:** meu filho (quando um pai fala).

**¿REIKUA'Á FA KOANGA?:** Agora sabes?

**RESIDENTA:** mulheres que acompanharam ao general Lopez durante sua retirada da guerra da tríplice aliança.

**REYUNO:** bota militar.

## S

**SEVO'Í?:** lombriga.

**SO'Ó:** carne.

**SO'Ó PIRÚ:** carne seca.

**SOLERO:** soleira.

**SUINDÁ:** espécie de coruja.

**SURUKU'Á:** ave de canto muito bonito.

**SO:** soltar-se, romper. No jogo, ficar sem dinheiro.

## T

**TA' ANGÁ:** imagem, sombra, figura.

**TAKÚ:** quente, calor, excitação sexual.

**TAGUATÓ:** gavião.

**TANIMBÚ:** cinza.

**TATAUPÁ:** espécie de perdiz.

**TAPY-PI:** expressão obscena que alude ao sexo da mulher.

**TATÁ RESAICHA:** como o olho de fogo.

**TAVY:** bobo, tonto, tolo.

**TEKOVÉ – VAÍ:** individuo malvado,  
de mau antecedente.

**TEMBEVÓ:** lábio partido, lábio  
leporino.

**TEMBÓ:** vergalho. Também a raiz das  
plantas.

**TEMBÓ ATÁ:** vergalho ereto, ou a  
ação de ficar ereto.

**TE'ONGÜÉ:** cadáver.

**TERERÉ:** mate frio.

**TESAVA:** vesgo, estrábico.

**TIE'Y:** malvado, perverso, indecente.

**Tĭ:** nariz.

**TONGAZO:** soco.

## U

**UPEICHARÖ KATU:** dessa maneira  
sim.

**URA:** espécie de mariposa noturna e a  
afecção cutânea causada por ela.

## V

**VACÁ:** vaca.

**VACÁ COSÉ:** vaca daninha.

**VACÁ POCHY:** vaca brava.

**VALLE'Í:** pequeno vale.

**VOÍ:** logo, rápido.

## Y

**¡YAJHÁ KATÚ ÑA JHUNDÍ!:**

Vamos destruí-lo!

**YARÚ:** piada.

**YASY:** lua.

**YASY MÖRÖTĭ:** lua branca.

**YASY – YATERĔ:** personagem  
mitológico, representado por um anão  
loiro que aparece nos milharais.

**YATEVÚ:** carrapato.

**YAKUÁ:** poço, manancial.

**YSYPÓ:** junco, cipó.

**YSYPÓ PO'Í:** cipó fino.

**YVYRÁ:** Pau, madeira, árvore.

**YVYRÁ – KAIGÜÉ:** Madeira  
queimada.



## 5. CONSIDERACIONES FINALES

Este trabajo observó puntos negativos y positivos sobre las teorías de la traducción, que varían desde el punto de vista más tradicional y conservador, relacionado al texto original, hasta métodos que aprecian más la libertad del traductor, tomando el texto traducido como una creación independiente de original.

Durante el proceso de traducción del cuento *Trovão entre as folhas*, concluí, primeramente, que cada texto debe tener su originalidad, sea el texto fuente o el texto traducido. La cuestión de la fidelidad, de consideración de un texto como el original, apareció en este trabajo en factores como la adopción del mismo estilo de lenguaje, por ejemplo, y en la conservación de la lengua guaraní en el texto traducido al portugués. Por otro lado, en la opción de palabras y expresiones lo más importante fue dejar que el texto hablara su propia lengua, es decir, la lengua de llegada, a la cual se traducía; esto partió del entendimiento de que el texto traducido no es un correspondiente exacto de su original. Además, la traducción no debe ser considerada algo totalmente acabado y cerrado a cambios, porque además de factores como el tiempo en lo cual se propuso, hay la relectura y la práctica que siempre servirán para que se observen los fundamentos teóricos por un nuevo ángulo, principalmente por tratarse de un proceso de constante tomada de decisiones.

Como concepto relativo a la traducción, seguí el principio de que ninguna obra podrá ser igual a la otra, de que ninguna teoría, aunque necesaria, podrá ser completamente adecuada y única a la finalidad de la traducción, pues, escribir, leer o traducir son procesos que dependen de factores ajenos a ellos mismos, como individualidad, tiempo, espacio, elementos críticos y evaluativos de cada cultura y

sociedad. Traducir, entonces, no debe encerrar una obra en una lengua extraña a su original, siendo necesarias así varias idas y vueltas sobre el texto, intervenciones que vendrán a contribuir con su perfeccionamiento.

## 6. REFERENCIALES BIBLIOGRAFICOS

- ARROJO, Rosemary. *Oficina de Tradução*. São Paulo: Ática, 1986.
- BENJAMIN, Walter. “Die Aufgabe des Übersetzers”/A Tarefa-Renúncia do Tradutor. Trad. Susana Kampff Lages, in *Clássicos da Teoria da Tradução*, vol. 1- Alemão/Português. Florianópolis: UFSC/NUPLITT, 2001
- BRADFORD, Lisa Rose - *El sentido de la traducción (desde los márgenes)*, in: *American journal of cultural histories and theories*, Nº 51, 2000.
- CAMPOS, Haroldo de. “Da tradução como criação e como crítica”. In *Metalinguagem – Ensaios de Teoria e Crítica Literária*. 3ª ed. São Paulo: Cultrix, [...]. pp. 21-38.
- CANDIDO, Antonio. et al. *A interpretação*. Rio de Janeiro: Imago, 1990.
- CARVALHO, Luiz Fernando Medeiros de. “Tradução como diferimento”, cap. 11, in *Traduzir Derrida - Políticas e desconstruções*, Campinas: Mercado das Letras, 2006.
- DERRIDA, Jacques. "Globalización del mercado universitario, traducción y restos: una entre/vista a Jacques Derrida". *Revista de Crítica Cultural*, n. 25, 2002
- DOLET, Ettiene. *La maniere de bien traduire d'une langue em autre*, in: *Clássicos da Teoria da Tradução*, vol. 4 - Florianópolis, 2006.
- ECO, Umberto. *Quase a mesma coisa*. Tradução de Eliana Aguiar. São Paulo: Record, 2007.
- \_\_\_\_\_ - *Ensaios sobre a Literatura*. Tradução de Sulla literatura. Rio de Janeiro: Record, 2003.

- FERREIRA, Aurélio B. de Hollanda. *Dicionário da Língua Portuguesa*. Rio de Janeiro: Positivo, 2005
- FERREIRA, Elida e OTTONI, Paulo (orgs.). *Traduzir Derrida - Políticas e desconstruções*, Campinas: Mercado das Letras, 2006.
- FURLAN, Mauri (org). *Antologia bilingüe – Clássicos da Teoria da Tradução*, vl 4 - Renascimento, Florianópolis, 2006.
- HEIDERMAN, Werner (org.). *Antologia bilingüe –Clássicos da Teoria da Tradução*, vl 1- Alemão/Português, Florianópolis, 2001.
- LAROUSSE. *Gran Diccionario de La Lengua Espanõla*, Larousse, 2005.
- MICHAELIS. Dicionário bilingüe português/español, español/português. São Paulo: Melhoramentos, 2007.
- NIETZSCHE, Friedrich. “Zum Problem des Übersetzens”, Sobre o Problema da Tradução, trad. Richard Zenker, in *Clássicos da Teoria da Tradução*, vol. 1- Alemão/Português, Florianópolis, 2001.
- RAJAGOPALAN, Kanavillil. “Traduza-me ou te devoro” A atividade tradutória como prática de desconstrução, cap. 4, in *Traduzir Derrida - Políticas e desconstruções*, Campina: Mercado das Letras, 2006.
- ROA BASTOS, Augusto. *El trueno entre las hojas*, Buenos Aires: Losada / La Página, 2005.
- \_\_\_\_\_ - *O Trovão Entre as Folhas*, Trad. Alberto Campos, Lisboa: Edições 70, 1980.
- \_\_\_\_\_ - *Yo el Supremo*, Madrid: Cátedra, 1974.
- \_\_\_\_\_ - *Hijo de Hombre*, Buenos Aires: Sudamericana, 1960.

- \_\_\_\_\_ - *Cuentos Completos - Tomo III*, Asunción: El País, 2007.
- \_\_\_\_\_ - *Cuentos Completos - Tomo IV*, Asunción: El País, 2007.
- \_\_\_\_\_ - *Cuerpo presente y otros cuentos*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1971.

**Diccionarios on-line:**

<http://buscon.rae.es/draeI/>

<http://www.wordreference.com/es/>

<http://www.priberam.pt/DLPO/>

**Sitios:**

[www.wikipedia.com](http://www.wikipedia.com)

[www.google.com](http://www.google.com)

# **ANEXO 1**

# EL TRUENO ENTRE LAS HOJAS

**Augusto Roa Bastos**

EL INGENIO se hallaba cerrado por limpieza y reparaciones después de la zafra. Un tufo de horno henchía la pesada y eléctrica noche de diciembre. Todo estaba quieto y parado junto al río. No se oían las aguas ni el follaje. La amenaza de mal tiempo había puesto tensa la atmósfera como el hueco negro de una campana en la que el silencio parecía freírse con susurros ahogados y secretas resquebrajaduras.

En eso surgió de las barrancas la música del acordeón. Era una melodía ubicua, deshilachada. Se interrumpía y volvía a empezar en un sitio distinto, a lo largo de la caja acústica del río. Sonaba nostálgica y fantasmal.

—¿Y eso qué es? —preguntó un forastero.

—El cordión de Solano—informó un viejo.

—¿Quién?

—Solano Rojas, el pasero ciego.

—Pero, ¿no dicen que murió?

—Él sí. Pero el que toca agora e' su la'sánima.

—¡Aicheyarangá, Solano! —murmuró una vieja persignándose.

La mole de la fábrica flotaba inmóvil en la oscuridad. Un perro ladró a lo lejos, como si ladrara bajo tierra. Dos o tres críos desnudos se revolviéron en los regazos de sus madres, junto al fuego. Uno de ellos empezó a gimotear asustado, quedamente.

—Callate, m'hijo. Escuchá a Solano. E'tá solito en el Paso.

El contrapunto de un guaimingüé que rompió con su tañido la quietud del monte, volvió aún más fantasmal la melodía. El acordeón sonaba ahora con un lamento distante y enlutado.

—Así suena cuando no hay luna—dijo el viejo encendiendo su cigarro en un tizón en el que se quemaba un poco de noche.

—La debe andar buscando todavía.

—¡Pobre Solano!

Cuando se apagó el murmullo de las voces, se pudo notar que el acordeón fantasma no sonaba ya en la garganta del río. Sólo la campana forestal siguió tañendo por un rato, a distancia imprecisable. Después también el pájaro calló.



Los últimos ecos resbalaron sobre el río. Y el silencio volvió a ser tenso, pesado, oscuro.

Los primeros relámpagos se encendían hacia el poniente, por detrás de la selva. Eran como fugaces párpados de piel amarilla que subían y bajaban súbitamente sobre el ojo inmenso de la tiniebla.

El acordeón no volvió a sonar esa noche en el Paso.

En ese recodo del Tebikuary vivió sus últimos años Solano Rojas, el cabecilla de la huelga, después de volver ciego de la cárcel.

Probablemente él mismo a su regreso le dio al sitio el nombre con el que se le conoce ahora: Paso Yasy-Möröti. Las barrancas calizas y el banco de arena sobre el agua verde, forman allí en efecto una media luna color de hueso que resplandece espectralmente en las noches de sequía.

Pero tal vez el nombre de Paso haya surgido menos de su forma que de cierta obstinada imagen pegada a la memoria del pasero.

Vivía en la barranca boscosa que remata en el arenal. Aún se pueden ver los restos de su rancho devorado por el monte, sobre aquella pequeña ensenada. Es un remanso quieto y profundo. Ahí guardaba su balsa.

No era difícil adivinar por qué había elegido ese sitio. Enfrente, sobre la barranca opuesta estaban las ruinas carbonizadas de la Ogaguasú en la que

había terminado el funesto dominio de Harry Way, el fabricante yanqui que continuó y perfeccionó el régimen de opresiva expoliación fundado por Simón Bonavi, el comerciante judío-español de Asunción.

Es cierto que Solano Rojas ya no podía ver las ruinas ni el nuevo ingenio levantado en el mismo emplazamiento del anterior. Pero él debió contentarse seguramente con tenerlos delante, con sentirlos en el muerto pellejo de sus ojos y recordarles todos los días su presencia acusadora y apacible.

Se apostó allí y dio a su vigilancia una forma servicial: su trabajo de pasero, que era poco menos que gratuito y filantrópico, pues nunca aceptó que le pagaran en dinero. Sólo recibía el poco de tabaco o de bastimento que sus ocasionales pasajeros querían darle. Y a las mujeres y los niños que venían desde remotos parajes del Guairá, los pasaba de balde ida y vuelta. Durante el trayecto les hablaba, especialmente a los chicos.

—No olviden kená, che ra'y-kuera, que siempre debemo' ayudarno' lo uno a lo' jotro, que siempre debemo' etar unido. El único hermano de verdá que tiene un pobre ko' e' otro pobre. Y junto' todo'nojotro formamo la mano, el puño humilde pero juerte de lo'trabajadore...

No era un burdo elemento subversivo. Era un auténtico y fragante revolucionario, como verdadero hombre del pueblo que era. Por eso lo habían atado para siempre a la noche de la ceguera. Hablaba desde ella sin amargura, sin encono, pero con una profunda convicción. Tenía indudablemente

conciencia de una oscura y vital labor docente. Su cátedra era la balsa, sobre el río; unos toscos tablones boyando en un agua incesante como la vida. Había algo de religioso pero al mismo tiempo de pura y simple humanidad en Solano Rojas cuando hablaba. Su cara morena y angulosa se tornaba viviente por debajo de la máscara que le habían dejado; se llenaba de una secreta exaltación. Sus ojos ciegos parecían *ver*. La honda cicatriz del hachazo en la frente también parecía mirar como otro ojo arrugado y seco. Los harapientos mitá'í lo contemplaban con una especie de fascinada veneración mientras remaba. No tenía más de cuarenta años, pero parecía un viejo. Sólo llevaba puesto un roto pantalón de a'tópoi arremangado sobre las rodillas. El torso flaco y desnudo estaba vestido con las cicatrices que el látigo de los capangas primero y el yatagán de los guardiacárceles después habían garabateado en su piel. En esa oscura cuartilla los chicos analfabetos leían la lección que les callaba Solano. Y un nudo de miedo valeroso, de emocionada camaradería, se les atragantaba con la saliva al saltar de la balsa gritando:

—¡Ha'ta la güelta, Solano!

—¡Adió manté, che ra'y-kuera!

Quedaba un rato en la orilla, pensativo. La mole rojiza del ingenio se desmoronaba silenciosamente sobre él desde el pasado. La sentía pesar en sus hombros. Desatracaba con lentitud y volvía a su remanso a favor de la

corriente, sin remar, sin moverse. Sólo la roldanita de palo iba chirriando en el alambre.

Después de la puesta de sol sacaba su remendado acordeón y se sentaba a tocar en un apyká bajito, recostado contra un árbol. Casi siempre empezaba con el campamento Cerro-León tendiendo sus miradas de ciego hacia los escombros de la Ogaguasú, en el talud calizo, destruido por el fuego vindicador hacía quince años y habitado sólo ahora por los lagartos y las víboras. No restaba más que eso de Simón Bonaví, de Eulogio Penayo, de Harry Way.

Era su manera de recordarles que él aún estaba allí vencido sólo a medias.

Su presencia surgía en la sombra, entorchada de abultados costurones, rayada por las verberaciones oscilantes, como si el agua se divirtiera jugando a ponerle y sacarle un traje de presidiario trémulo y transparente.

Las ruinas también lo miraban con ojos ciegos. Se miraban sin verse, el río de por medio, todas las cosas que habían pasado, el tiempo, la sangre que había corrido, entre ellos dos; todo eso y algo más que sólo él sabía. Las ruinas estaban silenciosas entre los helechos y las ortigas. Él tenía su música. Sus manos se movían con ímpetu arrugando y desarrugando el fuelle. Pero en el rezongo melodioso flotaba su secreto como los camalotes y los raigones negros en el río.

Un último reflejo verde le bañaba el rostro volcado hacia arriba en el recuerdo instintivo de la luz. Después se oscurecía porque lo agachaba sobre el instrumento como quien esconde la cara entre las manos.

Poco a poco la música se ponía triste y como enlutada. Una canción de campamento junto al fuego apagado de un vivac en la noche del destino. A eso sonaba el acordeón de Solano Rojas junto al río natal. ¿No estarían dialogando acaso el agua oscura y el hijo ciego acerca de cosas, de recuerdos compartidos?

Él tenía metido adentro, en su corazón indomable, un luchador, un rebelde que odiaba la injusticia. Eso era verdad. Pero también un hombre enamorado y triste. Solano Rojas sabía ahora que amor es tristeza y engendra sin remedio la soledad. Estaba acompañado y solo.

En ese sitio había peleado y amado. Allí estaban su raíz, su alegría y su infortunio. El remendado acordeón lo decía en su lenguaje de resina y ala, en su pequeño pulso de tambor guerrero que esculpía en las barrancas y en la gente las antiguas palabras marciales:

*Campamento Cerro-León, catorce, quince, yesiséis, yesisiete, yesi'ocho, yesinueve batallón...*

*Ipuma-ko la diana,*

*pe pacpá-ke lo'mitá...*

La lucha no se había perdido. Solano Rojas no podía ver los resultados, pero los sentía. Allí estaba el ingenio para testificarlo; el régimen de vida y trabajo más humano que se había implantado en él; la gradual extinción del temor y de la degradación en la gente, la conciencia cada vez más clara de su condición y de su fraternidad; esos andrajosos mita'í en los que él sembraba la oscura semilla del futuro, mientras movía su arado en el agua.

Venían a consultarlo en la barranca. El rancho del pasero de Yasy-Möröti era el verdadero sindicato de los trabajadores del azúcar en esa región.

—Solano, ya cortaron otra ve' lo'turno para nojotro entrar el cañadurce — informaban los pequeños agricultores.

—Solano, el trabajo por tareas ko se paga michí-iterei—se quejaban los cortadores.

Solano, esto y lo'jotro.

Él los aconsejaba y orientaba. Ninguna solución propuesta por Solano había fracasado. En el ingenio y en las plantaciones se daban cuenta en seguida cuando una demanda subía del Paso.

—Viene del sindicato karapé—decían.

Y la respetaban, porque esa demanda pesaba como un trozo de barranca y tenía su implacable centro de equilibrio en lo justo.

No; su sacrificio no había sido estéril. El combate, los años de prisión, sus cicatrices, su ceguera. Nada había sido inútil. Estaba contento de haberse jugado entero en favor de sus hermanos.

Pero en el fondo de su oscuridad desvelada e irremediable su corazón también le reclamaba por ella, por esa mujer que sólo ahora era como un sueño con su cuerpo de cobre y su cabeza de luna. Teñida por el fuego y los recuerdos.

Ella, Yasy-Mörötī.

No habían estado juntos más que contados instantes. Apenas habían cambiado palabras. Pero la voz de ella estaba ahora disuelta en la voz del río, en la voz del viento, en la voz de su cascado acordeón.

La veía aún al resplandor de los fogones, en medio de la destrucción y de la muerte, en medio de la calma que siguió después como un tiempo que había fluido fuera del tiempo. Y un poco antes, cuando convaleciendo del castigo, él la entrevió a su lado, menos un firme y joven cuerpo de mujer que una sombra desdibujada sobre el agua revuelta y dolorida en la que todo él flotaba como un guiñapo.

La recordaba como entonces y aunque estuviera lejos o se hubiese muerto, la esperaría siempre. No; pero ella no estaba muerta. Sólo para él era como un sueño. A veces la sentía pasar por el río. Pero ya no podía verla sino en su

interior, porque la cárcel le había dejado intactos sus recuerdos pero le había comido los ojos.

Estaba acompañado y solo. Por eso el acordeón sonaba vivo y marcial entre las barrancas de Paso Yasy-Mörötĩ, pero al mismo tiempo triste y nostálgico, mientras caía la noche sobre su noche.

*Luna blanca que de mí te alejas*

*con ojos distantes...*

*Yasy-Mörötĩ. . .*

Antes de establecerse la primera fábrica de azúcar en Tebikuary-Costa, la mayor parte de sus pobladores se hallaba diseminada en las montuosas riberas del río. Vivían en estado semisalvaje de la caza, de la pesca, de sus rudimentarios cultivos, pero por lo menos vivían en libertad, de su propio esfuerzo, sin muchas dificultades y necesidades. Vivían y morían insensiblemente como los venados, como las plantas, como las estaciones.

Un día llegó Simón Bonaví con sus hombres. Vinieron a caballo desde San Juan de Borja explorando el río para elegir el lugar. Por fin al comienzo del valle que se extendía ante ellos desde el recodo del río, Simón Bonaví se detuvo.



—Aquí—dijo paseando las rajas azules de sus ojos por toda la amplitud del valle—. Me gusta esto.

Sacó del bolsillo un mapa bastante ajado y se puso a estudiarlo con concentrada atención. Su larga y ganchuda nariz de pájaro de rapiña daba la impresión de que iba a gotear sobre el papel. De tanto en tanto, distraídamente, se olía el pulgar y el índice frotándolos un poco como si aspirara polvo de tabaco. Los otros lo miraban en silencio, expectantes.

—Sí —dijo Simón Bonaví levantando la cabeza—. Esto es del fisco. Agua, tierras, gente. En estado inculto pero en abundancia. Es lo que necesitamos. Y nos saldrá gratis, por añadidura —giró el brazo con un gesto de apropiación; un gesto ávido, pero lento y seguro.

Los hombres también husmearon en todas direcciones y aprobaron respetuosos lo que dijo el patrón. En los ojos mansos y azules del sefardí la codicia tenía algo de apaciblemente siniestro como en su sonrisa, una hilacha blanda entre los dientes, entre los labios finos, como la rebaba festiva de su metálica y envainada sordidez.

Un hombre rubio, que parecía alemán, estudiaba el lugar con un ojo cerrado.

—Forkel —lo llamó Bonaví.

—Sí, don Simón.

—Puede medir no más. Aquí nos plantamos.

Descabalaron. Un mulato bizco y gigantesco que siempre andaba detrás de Bonaví con un *parabellum* al cinto, lo ayudó a desmontar. Lo bajó aupado como a un niño.

—Gracias, Penayo—le sonrió el patrón.

Los ayudantes de Forkel empezaron a medir el terreno con una cinta de acero que se enrollaba y desenrollaba desde un estuche, semejante a una víbora chata y brillante.

Simón Bonaví era bajito y ventrudo. A la sombra del mulato, parecía casi un enano. Tenía las piernas muy combadas. Era el único que no llevaba polainas de cuero. Su ropa era oscura y su ridículo sombrero que más parecía un birrete, tiraba al color de un ratón muerto sobre los mofletes rubicundos. Frecuentemente y como al descuido, introducía los dedos en la abertura del pantalón. El olor de sus partes era su rapé. De allí lo extraía, casi sin recato, entre el índice y el pulgar. Y al aspirarlo, sus ojos mortecinos, su pacífica expresión se reanimaban.

—¿Qué huele, don?—le había preguntado una vez, al discutir un negocio, un colega curioso y desaprensivo que lo veía meter a cada momento la mano bajo la mesa.

—El olor del dinero, mi amigo—le respondió sin inmutarse Simón Bonaví, al verse descubierto.

En ese valle del Tebikuary del Guairá, el "olor del dinero" parecía formar parte de su atmósfera. Simón Bonaví lo pellizcaba en el aire mientras sus hombres hacían pandear sobre las cortaderas la flexible víbora de metal.

—El proyecto del ferrocarril a Encarnación pasa a un kilómetro de aquí—comentó el patrón.

—Probablemente—asintió el ingeniero alemán—. El terminal está a cinco leguas al norte de San Juan de Borja.

—Pasa por aquí. Lo he visto en el mapa.

—*Ja*. Eso es muy interesante, don Simón—dijo entonces el alemán sin despegar los ojos de los agrimensores.

—Claro. Sin ferrocarril no hay fábrica —los carrillos sonrosados estaban plácidos. Hasta cuando amenazaba, Simón Bonaví permanecía tierno y risueño.

—Sin ferrocarril no hay fábrica—respondió el otro en un eco servil.

—En Asunción moveré mis influencias para que siga la construcción de la trocha. Nosotros levantaremos aquí la fábrica. Que el gobierno ponga las vías.

Eso es hacer patria —el cuchillito blanco se reflejaba entre los dientes sucios y grandes,

—Eso es hacer patria —dijo el ingeniero.

Así nació el ingenio. Simón Bonaví conchavó a los pobladores. Al principio éstos se alegraron porque veían surgir las posibilidades de un trabajo estable. Simón Bonaví los impresionó bien con sus maneras mansas y afables. Un hombre así tenía que ser bueno y respetable. Acudieron en masa. El patrón los puso a construir olerías y un terraplén que avanzó al encuentro de los futuros rieles.

Con los ladrillos rojizos que salían de los hornos se edificó la fábrica. Después llegaron las complicadas maquinarias, el trapiche de hierro, los grandes tachos de cobre para la cocción. Tuvieron que transportarlos en alzaprimas desde el terminal del ferrocarril, sobre una distancia de más de diez leguas.

Se levantaron los depósitos, algunas viviendas, la comisaría la proveeduría. Los hombres trabajaban como esclavos. Y no era más que el comienzo. Pero de los patacones con que soñaban, no veían ni "el pelo en la chipa", porque el patrón les pagaba con vales.

—Acciones al portador, muchachos—les decía los sábados—. Váyanse tranquilos.

—Kuatiá reí, patrón—se atrevió alguno a protestar.

—¿Qué dice éste?—preguntó a Penayo, que echaba su sombra protectora sobre él.

—Papel debarate —tradujo el mulato.

—Tonto, más que tonto—argumentó sonriendo el patrón—. El papel es la madre del dinero. Y este papel es más fuerte que el peso fuerte. Son acciones al portador. Vayan a la proveeduría y verán.

Eso de "acciones al portador" sonaba bien pero ellos no lo entendían. Creían que era algo bueno relacionado con el futuro. Tomaban sus vales y se iban al almacén de la proveeduría que chupaba sus jornales a cambio de provistas y ropas diez o veinte veces más caras que su valor real. Pero eran ropas y provistas y eso lo adquirían con la kua-tiá reí, el papel blanco que era más fuerte que el peso fuerte, que el patacón cañón.

Simón Bonaví tejía su tela de araña con el jugo de las mismas moscas que iba cazando. Llevaba los hilos de un lado a otro en sus manos pequeñas y regordetas, balanceándose mucho al andar sobre sus piernas estevadas, como un péndulo ventrudo, rapaz y sonriente. El péndulo de un reloj que marcaba un tiempo cuyo único dueño era Simón Bonaví.

Los nativos veían crecer el ingenio como un enorme quiste colorado. Lo sentían engordar con su esfuerzo, con su sudor, con su temor. Porque un miedo sordo e impotente también empezó a cundir. Su simple mente pastoril

no acababa de comprender lo que estaba pasando. El trabajo no era entonces una cosa buena y alegre. El trabajo era una maldición y había que soportarlo como una maldición.

Antes de que la fábrica estuviera lista, Simón Bonaví ya tenía bien ablandada a la gente por la intimidación. Él seguía sonriendo mansamente y aspirando el casto rapé de sus entrepiernas. No intervenía personalmente en la tarea del amansamiento. Para eso había puesto al frente de los trabajos a Eulogio Penayo, que ahora blandía a todas horas un largo y grueso teyú-ruguai atado al puño.

—¡Chake, Ulogio!...—susurraba el miedo en el terraplén, en las olerías, en los rozados, en los galpones. Y la cola de cuero trenzada restallaba en la tierra, en la madera, en las máquinas, en las espaldas sudorosas de los esclavos. A veces sonaban los tiros del *parabellum* en son de amedrentamiento. Penayo quería que supiesen que él era tan zambo para los trallazos como para los balazos.

Uno de los tiros dio en la cabeza de Esteban Blanco, que se atrevió a levantar la mano contra el capataz. El mulato le disparó a quemarropa.

—¡Omanó Teba! ¡Ulogio oyuka Tebä-pe! —los testigos esparcieron la noticia.

Fue el primer rebelde y el primer muerto. Lo arrojaron al río. El cadáver se alejó flotando en un leve lienzo de sangre sobre la tela verde y sinuosa del agua.

Simón Bonaví sonreía y se olía los dedos. Los ojos bizcos del mulato rondaban entre las hojas y el polvo. El patrón era manso. El mulato era la sombra siniestra del risueño hombrecito.

Entre los dos cerraron el círculo en torno a los pobladores de Tebikuary del Guairá. Los únicos que quedaron libres fueron los carpincheros. Ellos no quisieron vender su vagabundo destino al patrón que compraba vidas con vales de papel para toda la vida.

Vino una peste. Enfermaron y murieron muchos. Algunos se animaron al principio a pedir al patrón un adelanto para comprar remedios en San Juan de Borja. Con su mansa sonrisa, Simón Bonaví los regresó:

—¡Ah, los pobres no tenemos derecho a enfermarnos! Ahí está el río—dijo tirando leves pulgaradas por sobre el hombro—. Denles agua, mucha agua, hasta que se cansen. El agua es un santo remedio.

Por fin la fábrica empezó a funcionar. Sus intestinos de hierro y de cobre defecaron un azúcar blanco, mas blanco que la arena del Paso. Blanco, dulce y brillante. Los hombres, las mujeres y los niños oscuros de Tebikuary-Costa se asombraron de que una cosa tan amarga como su sudor se hubiese convertido

en esos cristallitos de escarcha que parecían bañados de luna, de escamas trituradas de pescado, de agua de rocío, de dulce saliva de lechiguanas.

—¡Azucá..., azucá möröti! ¡Ipörā itepa! —clamaron al unísono en voz baja. Algunos tenían húmedos los ojos. Tal vez el reflejo del azúcar. Lo sentían dulce en los labios pero amargo en los ojos donde volvía a ser jugo de lagrimales, arena dulce empapada en lágrimas amargas.

En el primer momento se dieron un atracón. Después tuvieron que comerlo a escondidas, a riesgo de pagar un puñito con diez latigazos del mulato.

Terminada la primera zafra, Simón Bonaví regresó a la capital dejando en la fábrica al ingeniero alemán Forkel y en la comisaría a Eulogio Penayo.

Lo vieron alejarse a caballo sonriendo y oliéndose los dedos, como si al marcharse se sorbiera el resto de la luz y del aroma agreste que aún sobraban en Tebikuay del Guairá. Se eclipsó detrás del mulato que lo escoltó hasta el tren.

En la fábrica se encontró entonces el sombrío reinado del terror cuyos cimientos había echado Simón Bonaví con gestos tiernos y blandas miradas azules. Forkel y Penayo debían rendirle estrictas cuentas. Quedaban allí como el brazo diestro y el siniestro del ventrudo hombrecito de Asunción.

De la chimenea del ingenio salía un humo negro que manchaba el aire limpio, el cielo en otro tiempo claro del valle. Era como el aliento de los desgraciados



enterrados vivos en el quiste de ladrillo y hierro que seguía latiendo a orillas del río.

La noche de San Juan, las hogueras pasaron ese año, fugitivas y espectrales, verdaderos fuegos fatuos sobre el agua.

Solano Rojas tenía entonces quince años y trabajaba ya como peón en la conductora del trapiche. Él vio rebelarse y morir a Esteban Blanco. Su grito, su cabeza destrozada por el balazo del *parabellum*, pero sobre todo su altivo gesto de rebeldía contra el matón que lo había azotado, se le incrustaron en el alma.

Eulogio Penayo siguió cometiendo tropelías y vejámenes sin nombre. Estaba envalentonado. Se sabía impune y omnipotente. Ahora era también el comisario del gobierno. Bonaví le había conseguido su nombramiento por decreto.

La comisaría, una casa blanca con techo de cinc, tan siniestra como su ocupante, estaba frente al recodo en la parte más alta de la barranca. Desde allí el capataz-comisario vigilaba el ingenio como un perrazo negro aureolado de sangriento prestigio. Allí arrastraba por las noches a las mujeres que quería gozar en sus antojos lúbricos. A veces se oían los gritos o el llanto de las infelices por entre las risotadas y palabrotas del mestizo.

Al año siguiente de la partida del patrón, le tocó el turno a la madre de Solano, que era una mujer todavía joven y bien parecida. Consiguió de ella todo lo que quiso porque la amenazó, si se negaba, con que iría a matar a su hijo que estaba trabajando en la fábrica. Solano lo ignoró hasta mucho después, cuando ya el mulato estaba muerto y cuando una venganza personal hubiera carecido ya de sentido aun en el caso de no estarlo.

Pero entretanto, otro enemigo les apareció de improviso a los peones de la fábrica.

Max Forkel hizo traer a su mujer de Asunción. Llegó montada a lo hombre y con traje de amazona: botas negras, casaca y pantalón azules, sombrero de paño encasquetado sobre el cabello teñido de indefinible color.

Desde el primer momento supieron a qué atenerse con respecto a ella. Era una hembra cerrera e insaciable, la versión femenina del mulato. Andaba todo el tiempo a caballo fatigando los campos y mirando extrañamente a los hombres al pasar. Le llamaron la "Bringa". La mancha azul de su casaca volaba en el viento y en el polvo del ingenio a la mañana y a la tarde.

Al principio, la "Bringa" se lió con el mulato. Salían juntos y se tumbaban en cualquier parte, sin importárseles mucho que ocasionales espectadores pudieran murmurar después:

—Ya lo vimo' otra vé' a Ulogio y la Bringa... en el montecito.

—Parecen burro y burra...

Pero Penayo se cansó pronto de esta mujer cuarentona y repelente y acabó por volverle la espalda. Entonces ella se dedicó a buscar candidatos entre la peonada joven. Los mandaba llamar y se hacía cubrir por ellos con dádivas o bajo amenazas, casi en las propias barbas del marido y probablemente con su tácita aceptación. Algunos se prestaron a los seniles galanteos de la mujer del ingeniero, atacada de furiosa ninfomanía. Y los que no querían transigir eran echados de la fábrica. El dilema, sin embargo, era terrible: o las bubas de la Bringa o el hambre y la persecución.

La Bringa fue entonces la Vaca Brava.

—¡Vacá ñarõ..., vacá cose..., vacá pochy!

Cuatro veces más las fogatas de San Juan habían bajado por el río.

Solano Rojas era ya un hombre espigado y esbelto. Un día Anacleto Pakurí le trajo la temida noticia.

—Ahora quiere liarse con vo.

—¿Quién?—preguntó Solano por preguntar. Sabía de quién se trataba. Sus veinte años vírgenes y viriles se irguieron dentro de él con asco sombrío y turbulento.

—Ella, Vacá Ñarö—dijo Anacleto friccionándose la bragadura—. Te va a mandar llamar. Anoche e'tuve con ella. ¡Neike, tapy-pi, que jembrón chúcaro pa que' e' el mujer del injiñero! Dié peso minte-ko me dio. Mä'é—sacó del bolsillo del pantalón un billete nuevo con un hombre frentudo en el centro.

—¡Te vendite, Anacleto!—Solano le arrancó el billete, escupió encima con rabia la espuma amarilla de su naco. Después lo arrojó al suelo, lo pisoteó como una víbora muerta y lo cubrió de tierra.

—Vi'a dirme ko agora mimo a la curandera de Kande'á a ver pa si me limpia del contagio—dijo humillado Anacleto—. Y vo'cuidate-ke, Solano. Yo ya te avisé.

Pero un imprevisto acontecimiento libró a Solano de la acometida de la Vaca Brava.

Al día siguiente de su encuentro con Anacleto el comisario amaneció muerto en su casa. Tenía un cuchillo clavado en la espalda. Fue un asesinato misterioso. Era un asesinato increíble. No había ningún indicio. La casa del perro negro era inexpugnable y de él se decía que dormía con un ojo sobre el caño del *parabellum*. Debía de ser una mujer. Tal vez la mujer de Forkel. La habían visto rondar la casa blanca y después hablar con el mulato en el alambrado. Podía ser el mismo Forkel. Lo único cierto era que el salvaje cancerbero de Simón Bonaví estaba muerto. Y bien muerto. La gente tenía por fin algún respiro. Los viejos rezaban, las mujeres lloraban de alegría.

Simón Bonaví mandó a otro testaferro y junto con él a varios inmigrantes para que procediera a una depuración de empleados, a una "cruza" general de los elementos más antiguos.

—El mestizaje aplaca las sangres y mejora los negocios—había dicho oliendo como siempre el olor del dinero, que él guardaba en la botonadura del pantalón.

Max Forkel también fue despedido. Simón Bonaví dio al testaferro instrucciones precisas con respecto al ingeniero alemán.

—Es blando, inepto con la gente, cobra un sueldo muy subido. Y tiene esa mujer que es un asco de inmoralidad. Además, ya no necesitamos de él. Me lo pone de patitas en la calle, sin contemplaciones.

Se marchó a pie con su mujer por el terraplén, cargado de valijas como un changador.

La Vaca Brava parecía que por fin se hubiese amansado. Iba extrañamente tranquila al lado del marido, como una sumisa y verdadera esposa. Estaba irreconocible. Vestía un sencillo vestido de percal floreado y no el agresivo traje de amazona que había usado todo el tiempo. El peso de un maletín negro que llevaba en la mano la encorbaba un poco. Parecía al mismo tiempo más vieja y más joven. Y el ala de un ajado sombrero de toquilla suavizaba y hacía distante la expresión de su rostro repulsivo en el que algo indescriptible como

una sonrisa de satisfacción o de renuncia flotaba tristemente ennobleciéndolo en cierta manera. Una sola vez se volvió con recatada lentitud como despidiéndose de un tiempo que allí moría para ella.

Un viejo cuadrillero cuchicheó a otro en el terraplén:

—La Vaca Brava le arreló a Ulogio Penayo. No puede ser otra.

—Jhee, compagre. No engaña el yablo por má manso que se ponga.

—En la valija lleva el lasánima del mulato.

—¡Jha kuñá takú! Al fin sirvió para algo...

Pero era como si hablaran de un ser que ya tampoco existía, porque en ese momento una nube de polvo acabó de borrar el maletín negro y el vestido floreado.

La ex comisaría quedó abandonada por un tiempo sobre el talud calizo. Se decía que el alma en pena de Ulogio Penayo se lamentaba allí por las noches.

Después la ocupó otro matrimonio alemán que tenía una hijita de pocos años.

Una noche que trajeron a la casa a un carpinchero muerto por un lobo-pe, la niña desapareció misteriosamente. Era una noche de San Juan y los fuegos resbalaban en la garganta del río.

La madre enloqueció al ver que el cadáver del carpinchero se transformaba en un mulato, un mulato gigantesco que lloraba y se reía y andaba golpeándose contra las paredes. Afirmaba que él había robado a su hijita. Pero eso era solamente la invención de su locura. El carpinchero muerto seguía estando donde lo habían puesto bajo el alero de la casa, estremecido por los rojizos reflejos.

Otras cuatro veces las fogatas de San Juan de Borja pasaro aguas abajo.

Las cosas aflojaron un poco en el ingenio. El reemplazante de Eulogio Penayo, más que un matón era un burócrata. Vivía en sus planillas. Y lo tenía todo organizado a base de números, de fichas, de metódica rutina. Los hombres trabajaban más holgados con la mejor distribución de las tareas. El descontento se apaciguó bastante. Simón Bonaví había dado un sagaz golpe de timón. Iba a ser el último. Mientras tanto, la fábrica seguía produciéndole mucho dinero y el régimen de explotación en realidad apenas había cambiado. La punta del lápiz del nuevo testafarro resultó tan eficaz como el teyúrugui del anterior. Es cierto que también el lápiz continuaba respaldado por buenos fusiles y capangas ligeramente adecentados. Esto era lo que producía el optimista espejismo.

Entre los pocos que no se dejaban engañar, estaba Solano Rojas. Era tal vez el más despierto y voluntarioso de todos. Palpaba la realidad y entreveía intuitivamente sus peligros.

—E'to ko' é' pura saliva de loro marakaná. No se duerman, lo'mitá.

Pero le hacían poco caso. Los hombres estaban cansados y maltrechos. Preferían seguir así a dar pretexto para que volvieran a reducirlos por la violencia.

Entre los conchavados que vinieron ese año para la zafra, llegó un arribeño que era distinto de todos los otros. Buena labia, fogoso, simpático de entrada, con huellas de castigos que no destruían, que ennoblecían su traza joven, la firme expresión de su rostro rubio y curtido. Se hacia llamar Gabriel.

Trajo la noticia de que los trabajadores de todos los ingenios del Sur estaban preparando una huelga general para exigir mejores condiciones de vida y de trabajo. Tabikuary-Guasú y Villarrica ya estaban plegados al movimiento. Él venía a conseguir la participación de Tebikuary-Costa.

—Nuestra fuerza depende de nuestra unión—repitió constantemente Gabriel en los conciliábulos clandestinos—. De nuestra unión y de saber que luchamos por nuestros derechos. Somos seres humanos. No esclavos. No bestias de carga.

Solano Rojas escuchaba al arribeño con deslumbrado interés. Por fin alguien había venido a poner voz a sus ansias, a incitarlos a la lucha, a la rebelión. El agitador de los trabajadores del azúcar se dio cuenta en seguida de que en ese robusto y noble mocetón tendría su mejor discípulo y ayudante. Lo aleccionó



someramente y trabajaron sin descanso. El entusiasmo de la gente por la causa fue extendiéndose poco a poco. Eran objetivos simples y claros y los métodos también eran claros y simples. No era difícil comprenderlos y aceptarlos porque se relacionaban con sus oscuros anhelos y los expresaban claramente.

El agitador dejó a Solano Rojas a cargo de los trabajos y se marchó.

Poco tiempo después el administrador percibió sobre sus planillas y ficheros la sombra de la amenaza que se estaba cerniendo sobre el ingenio. Le pareció prudente retransmitir el dato sin pérdida de tiempo al patrón.

El hombrecito ventrudo vino y captó de golpe la situación. Su ganchuda nariz, habituada al aroma zahorí de su miembro, olió las dificultades del futuro, el tufo de la insurrección.

—Esto se está poniendo feo—dijo al administrador—. Dejemos que sea otro quien se queme las manos.

Regresó a los pocos días y puso en venta la fábrica junto con las tierras que obtuviera gratuitamente del fisco para "hacer patria". No le costó encontrar interesados. Simón Bonaví entró en tratos con un ex algodonero de Virginia que había venido al Paraguay como hubiera podido irse a las junglas del África. En lugar de cazar fieras o buscar diamantes, había caído a cazar hombres que tuviesen enterrados en sus carnes los diamantes infinitamente más valiosos del sudor. Había venido con armas y dólares. Bonaví, ladino, no

le ocultó lo de la huelga. Sospechó que podía ser un matiz excitante para el ex algodónero. Y no se equivocó.

—No me importa. Al contrario, eso gustar a mí—le dijo el virginiano y le pagó al contado el importe de la transacción

que incluía la fauna, la flora y los hombres de Tebikuary-Costa.

Entonces llegó Harry Way, el nuevo dueño. Llegó con dos pistolas colgándole del cinto, los largos brazos descolgados a lo largo de los "breeches" color caki y una agresiva y siniestra actitud empotrada sobre las cachas de cuerno de las pistolas. Era grande y macizo y andaba a zancadas hamacándose como un ebrio. Sus botas rojas dejaban en la tierra los agujeros de sus zancajos. Los ojos no se le veían. Su rostro cuadrado sobre el que echaba perpetuamente sombra el aludo sombrero, parecía acechar como una tronera de cemento la posible procedencia del ataque o elegir el sitio y calcular la trayectoria del balazo que él debía disparar.

Le acompañaban tres guardaespaldas que eran todos dignos de él: un moreno morrudo que tenía una cuchillada cenicienta de oreja a oreja, un petiso de cara bestial que a través de su labio leporino escupía largos chorritos de saliva negruzca. De tanto en tanto sacaba de los fundillos un torzal de tabaco y le echaba una dentellada. El tercero era un individuo alto, flaco y pecoso que siempre estaba mirando aparentemente el suelo pero en realidad atisbando por debajo del sombrero volcado a ese efecto sobre la frente. Los tres cargaban un

imponente "Smith-Wesson" negro a cada lado y una corta guacha deslomadora al puño. Parecían mudos. Pero todo lo que les faltaba en voz les sobraba en ojos.

Aparecieron una mañana como brotados de la tierra. Los cuatro y sus caballos. Nadie los había visto llegar.

Lo primero que hizo Harry Way en el ingenio fue reunir a la peonada y a los pequeños agricultores. No quedó un solo esclavo sin venir a la extraña asamblea convocada por el nuevo patrón. Su voz tronó como a través de un tubo de lata amplio y bien alimentado de aire y orgulloso desprecio hacia el centenar de hombres arrinconados contra la pared rojiza de la fábrica. Su cerrado acento gringo tornó aún más incomprensible y amenazadora su perorata.

—Me ha prevenido don Simón que aquí se está prepagando una juelga paga ustedes. Mí ha comprado este fábrica y he venido paga hacelo trabacá. Como que me llama Harry Way, no dearé vivo un solo misegable que piense en juelgas o en tonteguías de este clase.

Se golpeó el pecho con los puños cerrados para subrayar su amenaza. La camisa a rayas coloradas se desabotonó bajo la blusa y un espeso mechón color herrumbre asomó por la abertura. Con el dorso de la mano se reviró después el sombrero que cayó sobre la nuca. El rostro cuadrado y sanguíneo

también parecía herrumbrado en la orla de pelo que lo coronaba ralmente.

Harry Way paseó sus desafiantes ojos grises por los hombres inmóviles.

—Quien no esté conforme que me lo diga ahoga mismo. Mí conformar en seguida.

Su crueldad le sahumaba, le sostenía. Era su mejor cualidad. Su corpachón flotaba en ella como un peñasco en una cerrazón rojiza.

Se oyó un grito sofocado en las filas de los trabajadores. Lo había proferido Loreto Almirón, un pobre carrero enfermo de epilepsia. Sus ataques siempre comenzaban así. Estaba verde y su mandíbula le caía desgonzada sobre el pecho.

—¡Tráiganlo a ese misegable! —barbotó Harry Way a sus capangas. El moreno y el petiso corrieron hacia los peones. El pecoso se pegó al patrón con las manos sobre los revólveres. Loreto Almirón fue traído a la rastra y puesto delante de Harry Way. Parecía un muerto sostenido en pie.

—¿Usted ha protestado?

Loreto Almirón sólo tenía los ojos muy abiertos. No dijo nada.

—Mi va a enseñar paga usted a ser un jueguista... —se combó a un lado y al volver descargó un puñetazo tremendo sobre el rostro del carrero. Se oyeron crujir los dientes. La piel reventó sobre el canto del pómulo. Los que lo tenían

aferrado por los brazos lo soltaron y entonces Loreto Almirón se desplomó como un fardo a los pies de Harry Way, que aún le sacudió una feroz patada en el pecho.

—¿Alguien más quiere probar?—preguntó excitado.

La masa de hombres oscuros temblaba contra la pared, como si la epilepsia de Loreto Almirón, ahora inerte en el suelo, se estuviera revolviendo en todos ellos.

Solano Rojas estaba crispado en actitud de saltar con el machete agarrado en las dos manos. Gruesas gotas empezaron a caer junto a sus pies. No eran de sudor. En su furia impotente y silenciosa, había cerrado una de sus manos sobre el filo del machete que le entró hasta los huesos.

—¡Todavía no..., todavía no! —el espasmo furioso estaba por fin dominado en su pecho que resonaba en secreto como un monte.

El pecoso espiaba por debajo del sombrero pirí en dirección a Solano. No le veía bien. José del Rosario y Pegro Tanimbú lo habían tapado con sus cuerpos. Sólo el instinto le decía al capanga que allí estaba humeando la sangre. Pero la sangre de los esclavos ya estaba humeando en todas las venas bajo la piel oscura y martirizada. Sombras de sollozos reprimidos estaban arañando el cielo seco y ardiente de las bocas.

La carcajada de Harry Way apedreó a los peones.

—¡Ja..., ja..., ja...! ¡Juelguistas! Mi enseñar paga ustedes a ser mansitos como ovejas... ¡Miguen eso!

Por el terraplén venía un verdadero destacamento de hombres armados con máuseres del gobierno. Eran los nuevos "soldados" de la comisaría, cuyos nombramientos también habían salido del Ministerio del Interior.

Harry Way poseía un agudo sentido práctico y decorativo. La espectacular aparición de sus hombres se producía en un momento oportuno. Eran como veinte, tan mal encarados como los tres que rodeaban al patrón. En el polvo que levantaban sus caballos, se acercaban como flotando en una nube de plomo, hombres siniestros cuyos esqueletos ensombrerados asomaban en la sonrisa de hueso que el polvo no podía apagar. Se acercaban por el terraplén. Los envolvía aún un silencio algodonoso y sucio, pero ya los ojos de los peones escuchaban el rumor brillante de sus armas. Después se escuchó el rumor de los cascos. Y sólo después el rumor de las voces y las risas cuando los hombres avanzaron al tranco de sus caballos y se cerraron en semicírculo sobre la fábrica.

Harry Way reía. Los peones temblaban. Los "soldados" mostraban el esqueleto por la boca.

Tebikuary del Guairá estaba mucho peor que antes. Sus pobladores habían salido de la paila para caer al fuego.

Harry Way se fue a vivir con sus hombres en la casa blanca donde había muerto Eulogio Penayo. Era como si el alma en pena del mulato se hubiese reencarnado en otro ser aún más bárbaro y terrible. Harry Way hizo añorar la memoria del antiguo capataz-comisario de Bonaví, casi como una fenecida delicia.

La casa blanca fue reconstruida al poco tiempo. Y se llamó desde entonces la Ogaguasú. Volvía a ser comisaría y ahora era, además, la vivienda del todopoderoso patrón. Alrededor, como un cinturón defensivo, se levantaron los "bungalows" de los capangas.

A extremos increíbles llegó muy pronto la crueldad del Buey-Rojo, del Güey-Pytá, como empezaron a llamar al fabriquero gringo Harry Way. Así les sonaba su nombre. Y en realidad se asemejaba a un inmenso buey rojo. Sus botas, sus camisas a rayas coloradas, su pelo de herrumbre que parecía teñido de pensamiento sanguinario, su desbordante y sanguinaria animalidad.

Como antes Simón Bonaví desde Asunción, ahora pastaba Harry Way en Tebikuary-Costa. El quiste colorado se hinchaba más y más y estaba cada vez más colorado, latiendo, chupando savia verde, savia roja, savia blanca, savia negra, los cañaverales, el agua, la tierra, el viento, el sudor, los hombres, el guarapo, la sangre, todo mezclado en la melaza que fermentaba en los tachos y que las centrífugas defecaban blanquísima por sus traseros giratorios y zumbadores.

El azúcar del Buey-Rojo seguía siendo blanco. Más blanco todavía que antes, más brillante y más dulce, arena dulce empapada en lágrimas amargas, con sus cristalitos de escarcha rociados de luna, de sudor, de fuego blanco, de blanco de ojos triturados por la pena blanca del azúcar.

Frente a la fábrica se plantó un fornido poste de lapacho. Allí azotaban a los remisos, a los descontentos, a los presuntos "juelguistas". Cuando había alguno, el Buey-Rojo ordenaba a sus capangas:

—Llévenlo al *good-friend* y sacúdanle las miasmas.

El "buen-amigo" era el poste. Las guachas deslomadoras administraban la purga. Y el paciente quedaba atado, abrazado al poste, con su lomo sanguinolento asándose al sol bajo una nube de moscas y de tábanos.

El negro de la cuchillada cenicienta y el petiso tembevókarapé se especializaron en las guacheadas. Especialmente este último. Cruzaban apuestas.

—Cinco pesos voy a e'te —decía el petiso al negro—. Lo delomo en veinte guachazo'.

—En treinta —apuntaba el negro.

El tembevó-karapé se lubricaba las manos arrojándose por el labio partido un chorrito de baba negruzca, empuñaba la guacha y comenzaba la faena con su



acompañado y sordo estertor en el pecho. Casi siempre acertaba. Deslomar significaba desmayar al guacheado. Los planazos del cuero sonaban casi como tiros de revólver sobre el lomo del infeliz que gritaba hasta que se quedaba callado, deslomado.

José del Rosario fue al poste. Era viejo y no aguantó. Arrojaron su cadáver al río. Pegro Tanimbú fue al poste. Estaba tísico y no aguantó. Arrojaron su cadáver al río. Anacleto Pakurí fue al poste. Era joven y fuerte. Aguantó. Dejó por sus propios medios el "buen-amigo". Pero al día siguiente volvió a insolentarse con uno de los capangas y lo liquidaron de un tiro. Arrojaron su cadáver al río. Un poco antes también habían arrojado al río a Loreto Almirón, que no murió de guacha sino del puñetazo que Harry Way le obsequió al llegar.

El río era una buena tumba, verde, circulante, sosegada. Recibía a sus hijos muertos y los llevaba sin protestas en sus brazos de agua que los había mecido al nacer. Poco después trajo pirañas para que no se pudrieran en largas e inútiles navegaciones.

Las mujeres no estaban mejor que los hombres. Antes sólo vivía en la casa blanca Eulogio Penayo, el mulato bragado de piernas. Ahora había en la Ogaguasú veinticinco machos cabríos. Necesitaban desfogarse y se desfogaban a las buenas o a las malas.

El Buey-Rojo desfloraba a las nuevas y las pasaba a sus hombres, cuando se cansaba de ellas.

Las noches de farra menudeaban en la Ogaguasú. Los capangas salían a recorrer los ranchos reclutando a las kuñá. Cuando escaseaba mujer, hubo alguna que tuvo que soportar todo el tendal de machos, mientras el fuego líquido de la guaripola y el fuego podrido de la lujuria alumbraban la farra, entre gritos, guitarreadas, cantos rotos y carcajadas soeces.

El entusiasmo para la huelga se apagó como quemado por un ácido. Las palabras de Solano Rojas morían sin eco, sordamente rechazadas. Ya ni lo querían escuchar. El terror tenía paralizada a la gente. El rostro de tronera de Harry Way prendía ojos de lechuza venteadora desde las ventanas de la Ogaguasú. Se sentían vigilados hasta en sus pensamientos.

—¡Qué huelga, Solano!—decían los pocos que aún no estaban del todo desanimados—. Ma' mijor quemamo' la fábrica y note condemo' en el monte.

—La fábrica no é' el enemigo de nojotro. El enemigo e'tá en el Ogaguasú. En toda las Ogaguasú-kuera donde hay patrone' como el Güey-Pytá o Simón Bonaví. Contra ello-kuera tenemo' que levantarno'.

Naturalmente, no podían faltar los soplones. Uno de ellos delató a Solano.

El Buey-Rojo le exigió primeramente con amenazas que revelara los planes de la huelga. Solano estaba mudo y tranquilo. Lo trataron de ablandar a

puñetazos y a puntapiés. Solano escupió sangre, escupió dos o tres dientes, pero seguía mudo y tranquilo mientras los moretones empezaban a sombrear el rostro.

—Llévenlo al poste. Y dugo con él —ordenó entonces el patrón.

Fue atado al "buen-amigo" y torturado bestialmente. El mismo Harry Way presenció la guacheada. El zambo y el tembevó-karapé alternaron sus cueros sobre el lomo de Solano y rivalizaron en fuerza y en saña.

—Va di' peso a e'te. Lo vita delomar en cuarenta—dijo el petiso en voz baja al negro, antes de comenzar.

—A e'te, entre lo do' junto no lo delomamo en meno' de cien —reflexionó el negro—. Ya jheyá cien-pe.

Empezaron a sonar las guachas como tiros de calibre 38 largo.

...Cinco... Diez... Quince... Veinte... El zambo y el karapé... El karapé y el zambo... Veinticinco... Treinta... El zambo y el karapé... el karape y el zambo...

A cada guachazo saltaba un pequeño surtidor rojo que resplandecía al sol. Toda la espalda de Solano ya estaba bañada en su jugo escarlata como una fruta demasiado madura que dos taguatós implacables reventaban con sus acompasados aletazos. Pero Solano seguía mudo. La boca le sangraba también

con el esfuerzo del silencio. Sólo sus ojos estaban empañados de alaridos rabiosos. Pero su silencio era más terrible que el estampido de las guachas.

—¡Más..., más...!—gritaba Harry Way—. ¡Dugo con él! ¡Mi va a enseñarte, misegable, a ser jueguista! ¡Más.... más...!

...Treinta y cinco... Cuarenta... Cuarenta y cinco... Cincuenta...

El zambo y el karapé... El karapé y el zambo...

Estaban fatigados. El karapé estertoraba y estertoraba el zambo. Al levantar la guacha se secaban el sudor de la frente con el antebrazo y se borroneaban de rojo toda la cara con las salpicaduras de la sangre. El Buey-Rojo también estertoraba, pero él no de fatiga sino de sádica emoción.

Ni el zambo ni el karapé acertaron esta vez. Sólo con ciento diez guachazos pudieron deslomar a Solano, que quedó colgando del "buen-amigo".

El humo del ingenio seguía manchando el cielo. El quiste colorado latía. En la Ogaguasú hubo esa noche rumor de farra.

El poste amaneció vacío. Manos anónimas desataron en la oscuridad a Solano y lo llevaron por el río. Si los capangas de Harry Way no hubieran estado durmiendo su borrachera, tal vez habrían sentido maniobrar quedamente en el recodo a los cachiveos de los carpincheros.

Los días pasaron lentamente. La desesperación creció en los trabajadores del ingenio y empezó a desbordar como agua que una mala luna arrancaba de madre.

La destrucción de la fábrica quedó decidida.

Era en cierto modo la consecuencia natural del estado de ánimo colectivo. La solución extrema dictada no por el valor sino por el miedo. La gente estaba embrujada por el miedo. Estaba embrujada por el odio, por la amargura sin esperanza. Estaba envenenada y seca como si durante todo ese tiempo no hubiera estado bebiendo más que jugo de víboras y guarapo de cañadulce leprosa.

La causa de sus desgracias eran la fábrica, las máquinas, el ingenio. El mismo Simón Bonaví, el propio Harry Way, habían nacido del quiste colorado. Tenían su color y su ponzoña. Destruída la fábrica, todo volvería a ser como antes.

—¡Vamo' a quemarla! —propuso Alipio Chamorro.

—¡Ya jhapy-katú! —apoyaron Secundino Ortigoza, Belén Cristaldo, Miguel Benítez, y unos quince o veinte más, mocetones arrojados a quienes no les importaba morir si podían destruir el poder del Buey-Rojo.

La ausencia de Solano Rojas lo complicaba todo. Él habría logrado sacar partido favorable de la situación. Era el cabecilla nato de los suyos. Pero lo creían muerto.

Un hachero trajo sin embargo la noticia de que estaba vivo con los carpincheros.

—Vamos a hacerlo llamar—propuso Belén Cristaldo.

—Él quiere la huelga, no el incendio —recordó Secú Ortigoza.

De todos modos, enviaron de inmediato al mismo hachero para comunicarle la decisión.

La noche fijada para el incendio, Solano Rojas remontó el río con unos cuantos carpincheros, los mismos que lo habían rescatado del poste del suplicio salvándole la vida. Todavía estaba algo débil, pero por dentro se sentía firme y ansioso.

Cuando se iban acercando al Paso, oyeron sonar disparos hacia el ingenio. Desembarcaron, subieron la barranca y continuaron aproximándose cautelosamente por el monte donde la noche era más noche con la oscuridad. Los disparos iban arreciando. Solano reconoció los máuseres y los revólveres de Harry Way y sus matones. El corazón se le encogió con un triste presentimiento.

Al desembocar en la explanada del ingenio, comprobó que lo que venía temiendo desgraciadamente era verdad: sus compañeros estaban acorralados dentro de la pila de rajas que rodeaba la parte trasera de la fábrica en un gran semicírculo. Probablemente alguien había soplado a Harry Way el plan de los incendiarios, él los había dejado entrar en la trampa hasta el último hombre y ahora los estaba cazando a tiros.

Solano Rojas escudriñó las tinieblas. Sólo restaba un último y desesperado recurso. Era casi absurdo, pero había que intentarlo.

—¡Vamo' lotmitá! —susurró a los carpincheros y volvieron a sumirse en el yavorai.

En la herradura formada por los fondos de la fábrica y la pila de leña, la oscuridad semejaba el ala de un inmenso murciélago. En esa membrana viscosa y siniestra los hombres atrapados se arrebujaban, se guarecían. Pero sólo por unos instantes más.

Desde distintos puntos a la vez, los disparos de los capangas la iban pintando con fugaces y retumbantes lengüetazos amarillos. Se apagaban y surgían de nuevo en una costura fosfórica hilada de chiflidos. El respunte de fogonazos y detonaciones marcaba el reborde de la trampa. Los peones también respondían con alguno que otro tiro desde donde se hallaban parapetados. Disponían de un revólver. Lo empuñaba Alipio Chamorro. Era el "Smith-Wesson" que su hermana le había robado a un capanga una noche de farra en la Ogaguasú.

Alipio disparaba apuntando cuidadosamente hacia las sombras que escupían saliva de fuego amarillo. Disparó hasta cinco veces.

—Me queda una bala nomá' —avisó Alipio.

—Dejá para lo' último—dijo Secú Ortigoza, sin esperanza—. Ese bala e' para vo'. Te va a sarvar de lo' capanga. No sarvó a tu hermana. Pero te va a sarvar a vo'.

Alguien trató de anular la nota fúnebre que Secú había infiltrado.

—¿Se acuerdan pa de Simón Bonaví? Dentro de su pierna' nikó podían pelear cinco perro'pertiguero', de tan karë que eran.

Rieron.

—¿Y cuando olía su bragueta?—dijo Belén Cristaldo, contribuyendo a la evocación del primer patrón—. Se contentaba con eso pa' no ga'tarse con mujer.

Rieron a carcajadas. Condenados a una muerte segura, la veintena de peones todavía divertía sus últimos minutos con pensamientos risueños de una tranquila y desesperada ironía. Los balazos de Harry Way y de sus hombres continuaban rebotando en los troncos con chistidos secos. De él no se acordaban sino para gritarle con fría cólera, con desprecio:

—¡Güey-Pyta!...



—¡Mba'é-pochy tepynó!...

—¡Tekaká!...

—¡Piii-piii... puuuuu...!

Una lluvia de uñas de plomo raspó la pila de leña como una invasión de comadreas invisibles. Los peones quedaron en silencio. Dos o tres se quejaban quedamente, como en orgasmo. Se dispusieron a entregarse. En eso vieron elevarse por encima del respunte fosfórico un resplandor humeante hacia el recodo del río, en dirección a la Ogaguasú.

—¡Pe maté! ¡Tatá... !—dijo una voz en el parapeto.

—¿Qué pikó puede ser?—preguntó Miguel Benítez, con se voz aflautada de niño.

—El juego de San Juan—murmuró Alipio en un suspiro—. Pe mañá pörä-ke jhesé... Lo' etamo viendo por última vé'...

—¿En octubre pikó, Alipio, la noche de San Juan de juño? —preguntó Secú.

El resplandor crecía. Ahora se veía bien. No; no eran las fogatas de San Juan. Era la Ogaguasú que se estaba quemando. Un gran grito tembloroso surgió en el parapeto. Los capangas abandonaron el asedio de la pila de leñas y corrieron hacia la Ogaguasú. Fueron recibidos con un tiroteo graneado que tumbó a varios. Cundió entre ellos el desconcierto. Se oían los mugidos

metálicos y gangosos de Harry Way tratando de contener el desbande de sus hombres repentinamente asustados.

Los sitiados comenzaron a abandonar el parapeto. Por las dudas se alejaban reptando entre la maleza.

Cuando algunos de ellos se animaron y llegaron a las inmediaciones de la Ogaguasú, se encontraron con un extraordinario espectáculo. Todo había sucedido vertiginosamente. Era algo tan inconcebible e irreal, que parecía un sueño. Pero no era un sueño.

En el candelero circular de los "bungalows" de tablas, la Ogaguasú ardía como una inmensa tea que alumbraba la noche.

Delante de Solano Rojas armado de un máuser, delante de unos treinta carpincheros armados también con máuseres y revólveres, estaba Harry Way hincado de rodillas pidiendo clemencia. Con gritos jadeantes pedía clemencia a los hombres libres del río, al esclavo que un mes antes había mandado azotar hasta el borde de la muerte. Pedía clemencia porque él a su vez ahora no quería morir. Su camisa a rayas coloradas hecha jirones, mostraba el pecho de herrumbre. Sus "breeches" color kaki, su piel de oro sanguíneo, sus botas rojas acordonadas, estaban embadurnadas de barro y de sangre. De trecho en trecho había capangas muertos. El pecoso alto y el petiso de labio leporino habían mordido el polvo junto al patrón.

Poco a poco vinieron los demás pobladores. Una gran multitud se estaba reuniendo alrededor del incendio.

—¡No me maten..., no me maten...! ¡Mí ser un ciudadano extranquero...! ¡Mí promete resolver las cosas a su gusto...! ¡No me maten...! —gemía el Buey-Rojo postrado en tierra, aplastado, vencido.

—¡Levántese! —le ordenó Solano Rojas. Su voz no admitía réplica. Era una voluntad tensa en que vivos y muertos hablaban. Restalló poderosa entre el ruido del fuego.

Harry Way se levantó lentamente, dudando todavía. Su corpachón ya no era amenazante. Estaba como deshuesado.

Solano se desplazó hasta la puerta de uno de los "bungalows" en llamas y la abrió con la culata del máuser. La espalda llagada de Solano descargó de golpe sobre los ojos del señor feudal, uno por uno, silenciosamente, todos los guachazos recibidos.

—¡Venga aquí! —volvió a ordenar implacable.

Harry Way avanzó un paso y se detuvo. Acababa de comprender. Empezó a gritar nuevamente, esta vez con gñidos de perro castigado. Dos carpincheros lo empujaron a culatazos, lo fueron empujando como a un carpincho herido en el agua, lo fueron empujando a pesar de sus gritos, de su resistencia espasmódica, de su descompuesto terror, de su ansia tremenda de salvarse de

la muerte. Lo fueron empujando hasta acabar de meterlo en la ratonera ardiente.

Solano volvió a cerrar la puerta y la trancó con el máuser.

Todos se quedaron escuchando en silencio, presenciando en silencio la invisible ejecución de Harry Way que las llamas consumaban lentamente, hasta que los gritos y los golpes de puños en los tablones se nivelaron con el chisporroteo del fuego, decrecieron y se apagaron del todo mientras crecía en el aire el olor de la carne quemada.

Entre los carpincheros, cerca de Solano Rojas, estaba una muchacha mirando la casa que ardía. En su rostro fino y pequeño sus pupilas azules brillaban empañadas. La firme gracia de su cuerpo de cobre emergía a través de los guiñapos. Sus cabellos parecían bañados de luna, como el azúcar. No tenía armas pero sus manos estaban cubiertas de tizne. Ella también había ayudado a quemar la Ogaguasú, a destruir la cruel y sanguinaria opresión que estaba acabando en calcinados escombros, en humo volandero, en recuerdo.

Por eso el acordeón de Solano suena vivo y marcial en el Paso. El fuego de la tierra y de los hombres, la pasión de la libertad y el coraje, vibran en las antiguas palabras guerreras.

*Campamento Cerro-León, catorce, quince, yesiséis... yesisiete, yesiocho...  
yesinueve batallón...*

*Ipuma ko la diana,*

*pe pacpá-ke lo'mita...*

Tras el sumario castigo del Buey-Rojo, sucedió un episodio breve, indescriptible, maravilloso. No podía durar. Después de la pesadilla del miedo, la borrachera de la esperanza iba a ser sólo como un soplo.

Los trabajadores del ingenio recomenzaron la zafra por su cuenta después de haber hecho justicia por sus manos. La habían pagado con su dolor, con su sacrificio, con su sangre. Y la habían pagado por adelantado. Las cuentas eran justas.

Formaron una comisión de administración en la que se incluyó a los técnicos. Y cada uno se alineó en lo suyo; los peones en la fábrica, los plantadores en los plantíos, los hacheros en el monte, los carreros en los carros, los cuadrilleros en los caminos. Todos arrimaron el hombro y hasta las mujeres, los viejos y la mitá-í.

Se pusieron a trabajar noche y día sin descanso. Lo hacían con gusto, porque al fin sabían, sentían que el trabajo es una cosa buena y alegre cuando no lo mancha el miedo ni el odio. El trabajo hecho en amistad y camaradería.

No pensaban, por otra parte, quedarse con el ingenio para siempre. Sabían que eso era imposible. Pero querían entregarlo por lo menos limpio y purificado

de sus taras; lugar de trabajo digno de los hombres que viven de su trabajo, y no lugar de torturas y de injusticias bestiales.

Solano Rojas habló de que se podrían imponer condiciones. Destacó emisarios a los otros ingenios del Sur y a la Capital.

No volvieron los emisarios. No pudieron siquiera terminar la zafra. A la semana de haber comenzado esta fiesta laboriosa y fraternal, el ingenio amaneció un día cercado por dos escuadrones del gobierno que venían a vengar póstumamente al capitalista extranjero Harry Way. Traían automáticas y morteros.

Los trabajadores enviaron parlamentarios. Fueron baleados. Se acantonaron entonces en la fábrica para resistir. Las ametralladoras empezaron a entrar en acción y las primeras granadas de morteros a caer sobre la fábrica.

Los sitiados se rindieron esta vez, para evitar una inútil matanza. Los escuadrones se llevaron a los presos atados con alambre. Entre ellos iba Solano Rojas con un balazo en el hombro.

Tebikuay del Guairá volvió al punto de partida. Pero en lugar del verde de antaño había sólo escombros carbonizados. Algunas carroñas humanas se hinchaban en el polvo del terraplén. Y en lugar de humo flotaban cuervos en el aire seco y ardiente del valle.

El círculo se había cerrado y volvía a empezar.

Poco a poco regresaron los presos. Primero fue Miguel Benítez, después Secú Ortigoza, después Belén Cristaldo y por último Alipio Chamorro. Solano Rojas quedó en la cárcel. Quedó por quince años. Por fin lo soltaron. Se trajo sus recuerdos y la cicatriz de un sablazo sobre ellos. Pero había tenido que dejar los ojos en la cárcel en pago de su libertad.

Regresó como una sombra que volvía de la muerte. Sombra él por fuera y por dentro. Anduvo vagabundeando por las barrancas. Allí se quedó. Los carpincheros le ayudaron después a levantar su choza al otro lado del río y a construir su balsa. Un tropero le regaló el acordeón.

Se sentía a gusto en la barranca frente a las ruinas de la Ogaguasú. Era el sitio del combate y el sitio de su amor. Necesitaba estar allí, al borde del camino de agua que era el camino de ella. Su oído aprendió a distinguir el paso de los carpincheros y a ubicar el cachiveo negro en que la muchacha del río bogaba mirando hacia arriba el rancho del pasero.

Ella. Yasy-Möröti.

El nombre del Paso surgió de esta tierna y secreta obsesión que se transformaba en música en el remendado acordeón del ciego.

*Yasy-Möröti ...*

*Luna blanca amada que de mí te alejas*

*con ojos distantes...*

Por tres veces, Solano sintió bajar las fogatas de San Juan. Los carpincheros seguían cumpliendo el rito inmemorial. Traían sus cachiveos a que los sapecara el fuego del Santo para que la caza fuera fructífera.

Solano se aproximaba al borde de la barranca para sentirlos pasar. Los saludaba con el acordeón y ellos le respondían con sus gritos. Y cuando entre los fuegos el ojo de su corazón la veía pasar a ella, una extraña exaltación lo poseía. Dejaba de tocar y los ojos sin vida echaban su rocío. En cada gota se apagaban paisajes y brillaba el recuerdo con el color del fuego.

La última vez que se acercó, resbaló en la arena de la barranca y cayó al remanso donde guardaba su balsa, donde lavaba su ropa harapienta, de donde sacaba el agua para beber.

De allí lo sacaron los carpincheros que estuvieron toda la noche sondando el agua con sus botadores y sus arpones, al resplandor de las hogueras.

Lo sacaron enredado a un raigón negro, los brazos negros del agua verde que lo tenían abrazado estrechamente y no lo querían soltar.

Los carpincheros pusieron el cuerpo de Solano en la balsa, trozaron el ysyπό que la ataba al embarcadero y la remolcaron río abajo entre los islotes llameantes.



Sobre la balsa, al lado del muerto, iba inmóvil Yasy-Möröti.

Todavía de tanto en tanto suele escucharse en el Paso, a la caída de las noches, la música fantasmal del acordeón. No siempre. Sólo cuando amenaza mal tiempo, no hay zafra en el ingenio nuevo y todo está quieto y parado sobre el río.

—¡Chake!—dicen entonces los ribereños aguzando el oído—. Va a haber tormenta.

—Ipú yevyma jhina Solano cordión...

Piensan que el Paso Yasy-Möröti está embrujado y que Solano ronda en esas noches convertido en Pora. No lo temen y lo veneran porque se sienten protegidos por el ánima del pasero muerto.

Allí está él en el cruce del río como un guardián ciego e invisible a quien no es posible engañar porque *lo ve todo*.

Monta guardia y espera. Y nada hay tan poderoso e invencible como cuando alguien, desde la muerte, monta guardia y espera.

